

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII
N.º 295

BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 19 DE 1928

El ejemplar
20 Centavos.



Florencio Sánchez

1875-7 de noviembre de 1910

En el nuevo aniversario de su muerte ha sido recordado por algunos escritores. Tampoco nosotros olvidamos la memoria de quien ha dado lo que pudo a la causa de la revolución y de la anarquía, como militante primero, y como dramaturgo después.

SUMARIO DE ESTE NUMERO:

REDACCION: Apuntes.—MAX NETTLAU: El libre pensamiento y la Italia del pasado y del presente
LUIGI FABBRI: Ideas.—CAMPIO PEREZ: La crítica a la sociedad presente en la obra de Florencio Sánchez.—Fragmentos de Florencio Sánchez.—RUDOLF ROCKER: Los seis caminos—
NEMO: Diez años después de la gran guerra.—PAUL GIRARDIN Y JEAN
BRUNNES: La vida y la obra de Elíseo Reclus (1830-1905)
BIBLIOGRAFIA

APUNTES

UNA GENERACION REVOLUCIONARIA EDUCADA POR EL FASCISMO

Decíamos que el movimiento anarquista es hoy uno de los mayores obstáculos para la difusión de las ideas anarquistas, lo que equivale a decir que el factor antilibertario ha hecho más progresos de los debidos en el seno de las fuerzas consagradas específicamente a la propaganda de las ideas de libertad. Los que conocen relativamente la situación real del anarquismo mundial no se extrañarán mayormente de lo que decimos y estamos seguros de que participarán de nuestra manera de ver, aunque la expresen con otras palabras.

Hay una minoría que está por encima del veneno espiritual y del relajamiento moral de esta hora de crisis. Los nombres de Nettlau, Rocker, Goldman, Malatesta, Fabbri, etc., acuden de inmediato a nuestra memoria. Sus opiniones se conocen. Hay otra minoría revolucionaria cuyas opiniones no se dan a conocer por medio de la pluma, pero que comprende también la gravedad de la situación y estaría dispuesta a todos los sacrificios para conjurarla. Pero el grueso del movimiento, el gran número, tanto de los llamados militantes como de la llamada masa, lleva la anarquía solamente en los labios, no en el corazón ni en la conciencia.

El relajamiento moral que ha hecho presa en el movimiento anarquista actual no tiene precedentes. Se ha llegado al punto de sentirnos en la necesidad de ocultar a las manos profanas por lo menos el cincuenta por ciento de la prensa anarquista presente; nos avergonzaría profundamente que amigos sinceros, honestos, serios, conociesen ciertas cosas del movimiento, ciertas ideas que se quieren hacer pasar en algunos órganos como moneda corriente en la doctrina anarquista. En lugar de servir el movimiento como de escuela para los nuevos adeptos, tenemos que cuidar de que éstos no sufran ninguna decepción, de que no se aparten con asco de las ideas por causa de la infinita chismografía y de la degeneración en boga.

Uno de los hombres de vida más conocida y pura y de los más meritorios en el pensamien-

to libertario, Rudolf Rocker, está bajo proceso, acusado ante los tribunales burgueses por un difamador de profesión que recibió su merecido en ocasión de una de las tantas infamias; el acusador es al mismo tiempo uno de los más conocidos militantes anarquistas, de esos militantes y de ese anarquismo que a nosotros se nos ocurre tan parientes del jesuitismo y del fascismo.

Y hechos de esa naturaleza, que repugnan intensamente, los vemos en todas partes. Entre nosotros abundan bastante y, de no ser el interés por las ideas, ningún lazo de solidaridad hubiera sido bastante fuerte para ligarnos al movimiento. Se necesita realmente estar acorazados contra todas las canalladas para resistir lo que hay que resistir de propios y de extraños en este triste período.

El triunfo bolchevista en Rusia y el triunfo fascista en Italia, sobre la herencia mental y moral de la gran guerra, han tenido una influencia nefasta sobre la vida revolucionaria. No todos los adversarios del fascismo y del bolchevismo han logrado elevarse a un plano moral superior. No basta ser enemigos de una cosa para ser dignos de sustituirla, para ser capaces de superarla. Hay muchos enemigos de la sociedad burguesa; pero sería pueril querer edificar sobre todos ellos una esperanza de superación. En muchos, en muchísimos de los enemigos de la sociedad burguesa siguen obrando los móviles y el espíritu burgueses.

Algo parecido ocurre con la hostilidad al fascismo y el bolchevismo; se manifiesta muchas veces con un carácter heredado o que sería difícil separar del carácter de aquello que se combate. Las ideas que se pretende profesar no tienen sino una importancia muy relativa en esa emergencia. Los hechos exigen un juicio independiente. La crueldad, la irresponsabilidad, la inhumanidad, el desprecio a la vida no cambian de carácter, desde el punto de vista moral, por el hecho de que se lleven a cabo en nombre de la revolución o en nombre de la reacción.

Esa confusión de métodos se debe en primer lugar al fascismo; el fascismo ha influenciado

indirectamente el movimiento revolucionario, rebajándolo a su nivel. No hay más que unas minorías muy pequeñas frente a ese rebajamiento, reivindicando ideas y tácticas superiores y sobre todo un mundo moral y una realidad práctica en concordancia con las ideas de la libertad.

UN ANIVERSARIO. — RADOWITZKY

El 14 de noviembre se cumple el 19º aniversario de la prisión de Radowitzky, el vengador, el héroe. Esa fecha imborrable se conmemora por los anarquistas con una huelga general, de cuyos resultados no podemos todavía adelantar nada. Es un primer campanazo de atención. No será el último, pues el propósito de libertar a Radowitzky es ya indeclinable. O el anarquismo queda maltrecho por unos años, amordazado por una era de terror gubernativo, o la campaña seguirá su curso. No podemos conformarnos ni con promesas ni con negativas. En este punto no hay más que una solución: la libertad de Radowitzky.

Esa lucha justiciera pondrá de manifiesto el arraigo popular de nuestras ideas y las simpatías con que cuenta el mártir de Ushuaia.

Es preciso reparación. Y en su exigencia la unidad interna del anarquismo regional, escindido en cien capillas, es admirable. Habrá diversidad de temperamentos, diversidad de comprensión de los medios y de las formas de llevar a cabo la campaña; pero la coincidencia es absoluta en esto: en que las naves del regreso han sido quemadas y en que el porvenir del movimiento anarquista en este país está ligado indisolublemente a la liberación de Radowitzky.

Sobre la campaña, nosotros opinamos en síntesis que no se puede comenzar a edificar por el techo. Debemos recurrir primero a todos los medios que nos permite nuestras ideas; sólo en último extremo, cuando se haya constatado la sordera voluntaria de quienes hoy tienen en sus manos las llaves del infierno fueguino, hay derecho a reclamar en términos más vigorosos que se nos oiga y se haga justicia. Eso es lo lógico. La voz debe aumentar su tono progresivamente; se comienza por el cimiento; el punto terminal será determinado por la actitud de los que se resistan a devolvernos el cautivo.

Radowitzky es una idea fija para nosotros y consideramos perfectamente natural que el movimiento, es decir las diversas fracciones del movimiento, estén dispuestas a jugar la última carta. Pero la última carta no se debe jugar primero, sino después de haber perdido todas las demás.

UNA ILUSION QUE SE DESVANECE Y UNA NUEVA TACTICA QUE SE IMPONE

Un compañero francés, G. Bastien, nos cuenta en "Le Libéraire" que de sus investigaciones resulta que la frase hecha de la mayoría proletaria frente a una minoría capitalista y explotadora, es una ilusión. A la misma conclusión general hemos llegado nosotros, sólo que nuestras investigaciones se refieren a la población económicamente activa frente a la económicamente pasiva. El productor representa una considerable minoría en la sociedad; el elemento numérico más fuerte lo forma el parasitismo.

Es una constatación que importa mucho para calcular la táctica a seguir, basada hasta aquí en las filas revolucionarias en el supuesto de una mayoría productora frente a una minoría aprovechadora del trabajo ajeno. No podríamos señalar con exactitud el camino que conviene seguir, la nueva táctica que es preciso emplear; la cosa requiere hondos estudios y una más amplia comprensión por parte de los militantes. Lo importante es que tengamos bien presente que el proletariado, que la población productora no es una mayoría sino una minoría en la sociedad capitalista y estatal.

Y hay que tener presente algo más: Que de la población productora, proletaria, sólo una minoría insignificante se adhiere a la revolución, y que el resto, una gran mayoría, está integrada por mil cadenas a la economía y al espíritu capitalista. Podríamos dar cifras concretas con sólo revisar los depósitos bancarios y en cajas de ahorro, donde el proletariado está fuertemente representado.

Ilustrativas al respecto son las cifras que transcribe "Cultura Proletaria" de New York:

Se conoce un poco la historia de la United States Steel Corporation, el llamado trust del acero norteamericano. A su historia pertenece el siguiente resumen:

En 1909 el trust del acero de Estados Unidos colocó 15.318 acciones entre sus obreros a 50 dólares cada una. En 1911 vendió 21.119 acciones a 70 dólares; en 1912, vendió 30.735 acciones a 65 dólares; en 1913, vendió 25.793 acciones a 66 dólares; en 1914, vendió 47.680 acciones a 57 dólares; en 1915 vendió 49.742 acciones a 85 dólares; en 1917, vendió 67.410 acciones a 107 dólares; en 1918 vendió 95.437 acciones a 92 dólares; en 1920, vendió 167.407 acciones a 106 dól.; en 1921 vendió 255.325 acciones a 81 dólares; en 1922 vendió 94.415 acciones a 84 dólares; en 1923 vendió 100.700 acciones a 107 dólares; en 1924 vendió 113.528

acciones a 110 dólares; en 1925 vendió 82.948 acciones en 125 dólares; en 1926 vendió 74.351 acciones a 136 dólares; en 1927 vendió 131.427 acciones a 122 dólares; en 1928 vendió 164.740 acciones a 138 dólares. Es decir, hay en el trust más antiobrero que existe en Estados Unidos, el del acero, 1.538.105 acciones en manos de trabajadores empleados en el mismo trust.

Complemento teórico de ese hecho más extendido de lo que se cree es el colaboracionismo que tiene en el movimiento obrero cada vez más teóricos y partidarios. Por ejemplo, en el congreso de Swansea, Gales, las Trade Unions británicas han aprobado la proposición de Alfred Mond, que sostiene que los sindicatos de-

bían adaptarse a las exigencias de la industria, que sólo puede prosperar y desarrollarse a condición de la cooperación entre la mano de obra y el capital. La proposición colaboracionista de Mond fué aprobada por 3.075.000 votos contra 556.000 contrarios.

Eso significa la "paz industrial" en el terreno económico, cifrando todas las aspiraciones en la conquista del poder político por vías parlamentarias. ¿Dónde queda el socialismo?

Que los revolucionarios verdaderos reflexionen sobre estos hechos. Hay en ellos materia de juicio y elementos para considerar deficiente nuestra táctica frente a esa situación que la influencia del marxismo nos había hecho ignorar.

MAX NETTLAU

El libre pensamiento y la Italia del pasado y del presente

A la vista del gesto del fascismo que deposita la cruz del Papa en el Polo Norte, se siente uno impulsado a reflexionar, cómo de la Italia tanto tiempo antipapal ha podido surgir semejante gesto. Examinemos, pues, un poco las condiciones, los orígenes y la historia del libre pensamiento en Italia. Es preciso remontarnos para eso a la edad media que, por lo demás, con el fascismo, renace entre nosotros en Europa.

Había con toda probabilidad conexión entre la impotencia y el desmenzamiento políticos en Italia en la edad media y el alto grado de civilización conservada y que se desarrolló siempre mejor en muchas de sus ciudades y distritos circundantes. Pero esa Italia civilizada y no invasora de entonces encerraba una potencia internacional de primer orden, la única incluso en un tiempo en que la finanza internacional estaba en su infancia y en que todas las otras relaciones internacionales, exceptuadas algunas vías de comercio, eran desconocidas — hablo del Papado, la cabeza del fascismo intelectual que pesaba sobre el mundo europeo de entonces con una mano de hierro. — Ese Papado fué la *seconda Roma*, que heredó el poder mundial de la *prima Roma*, la de los Césares. Esa potencia que pesaba en todos los países con el fin altamente profesado de ser la primera en el mundo, teniendo precedencia sobre la de los reyes y de los Estados, se atrajo, a pesar de su prestigio mantenido por la superstición ignorante, la enemistad íntima o abierta de todos los países de Europa, cuyos jefes y privilegiados no querían reconocer la primacía de la Iglesia. Ese sentimiento fué reforzado por el recuerdo de la opresión mundial por la antigua Roma, de donde surgió tanto el deseo de los Estados europeos de mantener a Italia en la impoten-

cia y la sujeción políticas, para hacer imposible una nueva dominación romana, como el de apoderarse de Italia para formar, con ella, un grupo territorial y político muy fuerte, que sería el núcleo de un nuevo Imperio romano.

En esas condiciones, tanto el Papado como el resto de Italia con sus numerosas subdivisiones territoriales, territorios feudales y ciudades libres, fueron expuestos continuamente a invasiones, conquistas, nuevas guerras, nuevos arreglos territoriales, con mucha frecuencia en favor de conquistadores extranjeros, triste herencia de los odios promovidos por la antigua Roma y por el orgullo dominador de los Papas, que continuaban manteniendo sus pretensiones. Se siguió de ahí una doble solidaridad de los elementos que predominaban en la vida política y social de Italia, con el Papado.

Primeramente, todo el mundo estaba más o menos orgulloso de la influencia internacional del Papado, que continuaba esa superioridad que el *civis romanus* sentía en él sobre los bárbaros. No se engaña quizás demasiado cuando se presume que Mussolini hoy debe una gran parte de la paciencia con la que soporta un tan gran pueblo su régimen horroroso, a su explotación calculada del sentimiento de supremacía mundial inoculado al romano de la Roma antigua y al romano de la Roma papal, sentimiento que recaldea por todos los medios, medios grotescos a nuestros ojos, pero que no han errado completamente su objeto, o de lo contrario, se vería al pueblo italiano apartarse de él mucho más ostentativamente de lo que tiene el aire de hacer. En la edad media el prestigio espiritual del Papado tuvo ciertamente una gran repercusión en los espíritus de los italianos que, cualesquiera que fuesen sus destrozos políticos de

entonces, sentían un soporte indestructible e irreducible en la dominación espiritual mundial de los Papas.

De ahí también, en segundo lugar, se derivó su experiencia de renacimiento político, que tendría en el poder territorial de los Papas un núcleo, por decirlo así, internacionalmente garantizado y permanente, que sería el punto de partida de una federación italiana o de otras formas de una Italia reunida y poderosa.

Por estas dos razones el Papado como centro espiritual y como foco territorial, permaneció durante siglos el punto de apoyo más precioso y sólido de las esperanzas de re-unión y potencia italianas, y escapó así a todo ataque serio hasta la víspera de 1848. Se recuerdan las grandes esperanzas colocadas todavía poco tiempo antes de 1848 en el nuevo Papa Pío Nono (Mastel) que pareció en un momento querer convertirse en el protagonista de la unidad italiana.

En la edad media esas condiciones descritas aquí tenían por efecto que todo esfuerzo, sea para reformar la iglesia por un régimen más desinteresado materialmente, sea para romper el dogal intelectual por la ciencia y el libre pensamiento, fué frustrado en Italia por la represión sangrienta o por la negligencia y la indiferencia generales. Nadie conocía mejor que los italianos la desmoralización y el relajamiento absoluto del clero, pero se mantuvieron en la sátira libre del género de la de Boccaccio, en las simpatías platónicas entre eruditos por la mitología griega, dejando perecer a los Arnaldo de Brescia y a los Savonarola, y la Reforma del siglo XVI no encuentra ningún eco de verdadera grandeza en Italia. Los socinianos de este siglo se refugian en Transilvania, los hombres de ciencia en Francia; de los que quedan en Italia en esos siglos, Giordano Bruno es quemado, Galileo es forzado a una retractación; otros, Vico, Volta, deben acomodarse a la Iglesia. Así Italia durante siglos ofrece el espectáculo de un pueblo dejado sin ninguna intervención de los intelectuales al dominio espiritual y a la explotación muy material por un clero de los más cínicamente especuladores, y de un mundo de clase instruida, como suele decirse, que, muy a menudo escéptico él mismo, no hace sin embargo nada serio contra el Papado por las razones mencionadas, el prestigio que esa institución dió a Italia, y su rol de potencia italiana indígena relativamente intangible y que podrá convertirse en un factor muy importante de la restauración nacional.

También, a pesar de las persecuciones más crueles de las sociedades secretas del Risorgimento en los Estados pontificios en la primera mitad del siglo XIX, vemos la literatura de los proscritos de los años anteriores a 1848, aferrarse cada vez más al Papado, iniciador, cabeza, centro esperados de una federación italiana, y si Mazzini tiene otras opiniones es que se siente Super-papa, que divisa un sistema cien veces más religioso que el papismo, que es comparado a los Papas lo que fué Savonarola comparado a los Borgia, que es el Dante de un paraíso super-religioso. Entonces para el *libre pensamiento* no hay en ese esfuerzo que absorbe todas las fuerzas nacionales, el menor puesto, y si hay autores que combaten las esperanzas demasiado grandes puestas en el Papado, lo hacen ante todo desde el punto de vista de alguna otra combinación política o revolucionaria que consideran más práctica, y no como libres pensadores.

Si en 1848-49 la República romana es proclamada

y Mazzini, Garibaldi, Pisacane y muchos otros encuentran allí su centro de acción, no fué una tentativa de destrucción del Papado, que habrían querido con gusto ver asociarse a su esfuerzo, y darles un apoyo que habría pesado en la balanza internacional.

Entonces el Papado mismo perdió su juego, permitiendo a la Francia de Luis Bonaparte, presidente de la república de 1848, salvarlo por el asedio y la toma de Roma en 1849. Siguió la ocupación francesa de Roma, que no terminó hasta 1870. Durante ese tiempo, por la voluntad de Napoleón III, Roma fué intangible para los italianos, y no fué tomada hasta noviembre de 1870, algunas semanas después de la caída de Napoleón III y antes de que la política francesa, muy revuelta entonces, pudiese asumir una actitud en esa cuestión.

Por esa acción de dejarse sostener por las bayonetas extranjeras, el Papado malogró de repente la simpatía italiana de tantos siglos, y entonces las esperanzas puestas en el Papado fueron trasportadas al Piemonte, único Estado y potencia militar de relativa unificación italiana. La política de Turín había preluído largo tiempo ese rol, se preparó más al tomar parte en la guerra de Crimea, y Cavour dió su golpe maestro en diplomacia astuta, comprando por sacrificios territoriales bastante grandes, Niza y Saboya, el apoyo de Napoleón III mismo, del enemigo íntimo de la unidad italiana que tenía la mano sobre Roma, para la guerra de conquista de 1859 que dió a la Italia piemontesa la Lombardia. Mazzini podía decir lo que quisiera, nadie se cuidó de su república, y Garibaldi se unió también a la política piemontesa. Esta englobó entonces con la mayor comodidad y pasando por encima del mal humor de Napoleón III, la Toscana, Parma, Módena, y la parte mayor de los Estados pontificios, la Romagna y las Marcas. Algún tiempo después hizo posible el golpe de mano de Garibaldi, que le dió Nápoles y Sicilia, y penetrando completamente los fines políticos de Napoleón III, se alió con Prusia en 1866, lo cual le proporcionó Venecia, y en el caos diplomático de septiembre de 1870, puso la mano sobre Roma, acabando así el reino de Italia, tal como fué desde entonces hasta 1918.

Fué, pues, esa política claramente estatista y que, como la de un Estado en vías de engrandecimiento continuo desde 1859 a 1870, codició los territorios pontificios y se apoderó de ellos en 1859-60 y en 1870, la *primera política italiana que no tuvo ninguna consideración con el Papado*. Supo muy bien que lesionaría el sentimiento de los creyentes, que sería excomulgada — lo está todavía —, se burló de esos sentimientos y vociferaciones y prefirió la posesión real de territorios preciosos. En esa situación tenía por enemiga implacable la política romana, que mediante el bajo clero levantaba al pueblo contra ella, en tanto que ese pueblo, sobre todo en los campos, está bajo la férula moral del clero que, en esa ocasión, explotaba también el descontento social de las víctimas de la sociedad.

El gobierno piemontés-italiano, de 1859 a 1870 y todavía bastante tiempo después, dejó libre curso al *anti-clericalismo* y no pudo oponerse a una lucha más seria que las simples pasiones anticlericales, a la lucha de la *ciencia* contra un sistema de concepciones atrasadas de origen teológico-metafísico. Fué la época de la renovación de las ciencias naturales por los evolucionistas, Darwin y sus colaboradores. A las cátedras de ciencia en Italia fueron invitados los materialistas más temidos de entonces, los Mo-

leschott y los M. Schiff (Florenia); más tarde el hijo de Alejandro Herzen, discípulo de Carl Vogt, enseñó también en Florenia.

El Papa replicó por el famoso *syllabus* (diciembre de 1864), ese exorcismo contra todas las concepciones modernas, que hizo mucho para asociar a los pensadores libres y para acentuar su propaganda en todos los países. En Italia los hombres avanzados, en su parte menor los mazzinianos, que aceptan también la teología personal de Mazzini, en su parte mayor los garibaldinos políticamente anticlericales, pero personalmente — como es probable que haya sido Garibaldi mismo — más o menos teístas, o bien escépticos o indiferentes, todos esos hombres debían adoptar entonces una actitud en la cuestión del libre pensamiento y en la de las ideas sociales, socialistas.

Esas discusiones tuvieron lugar en gran parte en las *logias masónicas* que controlaban la política, y sería muy interesante conocer su literatura de entonces, sus publicaciones salientes como las de Ausonio Franchi, sus revistas, más aún lo que puede existir en documentación más íntima, y lo que se encuentra en las colecciones de cartas publicadas después, y en algunos grandes trabajos biográficos. Se sabe que Bakunin entonces hizo un esfuerzo para que se oyese su voz en la masonería italiana en favor del ateísmo franco, de un federalismo político bien desarrollado, y de un asociacionismo socialista consecuente. Conservo todavía los fragmentos que existen aun hoy, de esos escritos, y los prepararía para la edición si hubiese interés por esas exposiciones, profundizadas en sus escritos posteriores, pero que están aquí en la versión más antigua que parece haberse conservado. Se hallarán muchos otros detalles en el libro italiano mío, *Michele Bakunin e l'Internazionale in Italia negli anni 1864-1872*, que debe aparecer en septiembre de 1928 en Ginebra.

En esa época, pues, solamente, en los primeros tiempos de un poco de reposo — muy provisorio — que siguió a los años 1859-1862 tan agitados en guerra, movimientos populares, epopeya garibaldiniana y conspiraciones no triunfantes, habrá comenzado una propaganda de *libre pensamiento* en Italia, por la obra de aquellos que no se habían convertido en hombres de la política convencional, de los moderados, de aquellos que en todos los casos, aunque escépticos ellos mismos, prefieren que el pueblo, hecho para obedecer a los gobernantes, no se olvide de creerse gobernado y protegido en primer lugar por el buen dios. También para hacer aceptar la toma, siempre proyectada, de Roma, valía más para muchos políticos pretender que al quitar el poder temporal al Papa, se quería ante todo dejarle totalmente su tiempo para consagrarse al ejercicio del poder espiritual sobre los creyentes del mundo entero, que decir francamente que se quería dar un golpe al antro de donde se propagó, durante tantos siglos, el sometimiento intelectual de la humanidad. Así incluso entonces el verdadero *libre pensamiento* no fué propagado más que por los más honestos, los demás preferían no tocar esas cosas.

No sé cuál de las numerosas hojas avanzadas de entonces, pequeñas hojitas muy combativas y poco dadas a las exposiciones teóricas, al lado del anticlericalismo general, han profesado también un ateísmo razonado, tal como fué expuesto en esos años en bellos órganos del libre pensamiento en Francia, el *Candido* de Blanqui y otros. Es por tal propaganda que fueron librados de los prejuicios tanto católicos como teístas, como mazzinianos, los numerosos jó-

venes militantes que en 1871-72, volviendo las espaldas a Mazzini, el enemigo declarado de la Comuna de París, en 1871, e insuficientemente satisfechos por el garibaldinismo demasiado impreciso, abrazaron las ideas de la Internacional, interpretadas por Bakunin y sus camaradas, y formaron bien pronto la Federación italiana de esa sociedad.

Existía aún una propaganda directa del *libre pensamiento*, dirigida por Luigi Stefanoni, que durante un número de años redactó también la revista *Il Libero Pensiero* (Florenia) y que redactó también un *Anuario filosófico del Libero Pensiero*. Si esas publicaciones profesaban un materialismo muy consecuente, no han debido conseguir dar una satisfacción general entonces. Eran demasiado rigurosamente materialistas para todos aquellos que no estaban todavía completamente separados del mazzinismo y del teísmo y el racionalismo, y no causaron bastante impresión sobre los socialistas por el antisocialismo personal de Stefanoni. Porque si por Blanqui los libros pensadores franceses estaban entonces muy aproximados al socialismo, los libre pensadores ingleses, antes bajo la influencia de las ideas generosas de Robert Owen, habían caído bajo la del malthusianismo estrecho y del radicalismo puramente burgués de Charles Bradlaugh, y Stefanoni se sentía atraído por ellos.

El libre pensamiento, como emancipación intelectual, rama de la emancipación humana total, al lado del socialismo y de la anarquía, emancipaciones social y política, no fué preconizado más que por Bakunin, a partir de 1864, en Italia, y altamente reconocido en las resoluciones del congreso de Bolonia de la Internacional en la primavera de 1873.

Así, en tanto que veo, el período de propaganda razonada del *libre pensamiento*, no sólo de agitación anticlerical con un fin político, es muy restringido en Italia, comprendiendo el ambiente de Bakunin a partir de 1864, el de los profesores materialistas mencionados, el de Luigi Stefanoni, y sin duda otros ambientes parecidos, y a partir de 1871-72 el de la Internacional italiana que, sin embargo, fué bien pronto, a partir de 1873, privada de casi todas las posibilidades de una agitación pública continua. Sufrió período de persecución, de represión total, de vida subterránea y de raros intervalos de algunos meses, aquí y allí, de propaganda pública, tiempo que, naturalmente, fué dado ante todo a la propaganda socialista elemental o profundizada, para llenar los cuadros, y reorganizar el contacto con los militantes, formar nuevos planes, etc. Para los hombres que militaban de ese modo precario y peligroso, el apartamiento de los prejuicios religiosos era cosa entendida, pero las ocasiones de presentar todas sus ideas a las masas eran entonces verdaderamente raras y demasiado pasajeras.

Para los socialistas legalitarios el libre pensamiento no vale nada; la religión "es una cosa privada" de los socialdemócratas alemanes les basta. No podría ser de otro modo para un partido deseoso de reunir los votos del mayor número de electores, y obligado, por eso mismo, a tener en cuenta los prejuicios del mayor número de electores, que esos prejuicios conciernen a la religión, a la familia, a la moral convencional, a la patria, etc. Tales consideraciones hacen del libre pensamiento socialista un fenómeno de existencia cada vez más precaria, algo que se muestra o que se oculta, según el caso, y que raramente consiste en otra cosa que en privar de alguna

función a la iglesia, para ponerla en manos del Estado.

En Italia desde esos tiempos de la Internacional, el libre pensamiento y la ciencia libre han obrado sin duda con asiduidad, pero no sin desviaciones y contracorrientes, que privaban a la ciencia libre de fuerzas que habrían debido trabajar por ella. Aparte de esa época de un lombrosismo desesperante, hubo esa verdadera manía del marxismo escolástico de la *Critica sociale*, seguida de un período del sindicalismo igualmente estérilmente doctrinario, el de las *Pagine libere* de Lugano. El futurismo fué el verdadero heraldo de la evolución a la vez nacionalista, superautoritaria y retro-evolutiva, que culminó en el fascismo. Entre todo eso, y algunas evocaciones de metafísicos anacrónicos, el libre pensamiento italiano, me parece, ha declinado pasablemente como fuerza de emancipación intelectual que se dirige al pueblo y le desprende de los prejuicios seculares. Desde hace largo tiempo el pueblo ve de nuevo a los clericales en la escena política; — hoy mismo son ellos quienes por una apariencia de independencia frente al fascismo reinante, se hacen populares y se convierten en un refugio conveniente. El Papa se siente llevado por el despertar católico bastante general, los poderosos grupos católicos en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Francia y en Alemania y siente en qué grado Mussolini tiene necesidad de él. Este último por su *Estado corporativo* trata de realizar las utopías medioevales de los sacerdotes y de los creyentes católicos, ese sistema de inmovilidad que pone a cada individuo por toda la vida en su puesto fijo, como en tiempos de las corporaciones y de la servidumbre de los campesinos adscriptos a la tierra (*glebae adscripti*).

Así se encamina hacia atrás, hacia la Roma de los Papas, y no se pierde la esperanza de galvanizar la Roma de los Césares. *El libre pensamiento vela su cara en tiempos semejantes, y esto es triste.*

Es extraño cuán corto es el tiempo desde que la propaganda de libre pensamiento se hace en los países más en vista. Después del siglo que encendió las pasiones religiosas, el de la Reforma, en fin, la investigación científica y el pensamiento racionalista habían podido echar su primera base en algunas partes de Europa en los siglos XVII y XVIII, y así se hizo la primera gran floración del verdadero libre pensamiento en la Francia de los *Enciclopedistas*, en un tiempo en que se sentían los crujidos incesantes de un antiguo régimen, pronto a derrumbarse, y que se soñaba en reemplazar por el reino de la libertad y de la dicha social. Observemos que es en tales condiciones que el libre pensamiento floreció, cuando no se trata ya de una sola emancipación, sino de todas las emancipaciones, de ese conjunto de liberaciones que es lo único que puede hacer dar a la humanidad un gran paso hacia adelante. La revolución francesa se evidenció bien pronto una revolución muy limitada, que creó el Estado centralizado, la burguesía firmemente asentada y el campesino convertido en burgués en miniatura. Tampoco el libre pensamiento desempeñó allí ningún papel, porque lógicamente, correspondiendo al Estado convertido en ídolo, se creó el culto al Ser Supremo, otra forma de pagar su reverencia al Estado omnipotente. El culto de la razón no fué más que un episodio, y se guillotiné bien pronto a los verdaderos irreligiosos, que eran también sospechosos de dudas sobre la infalibilidad de los comités y otros órganos gobernantes. Para Napoleón I,

dios y el Papa se volvieron enteramente retoños de su política, que manipulaba a su antojo. Fué inevitable que para el pueblo, que sufría todas esas maniobras ejecutadas por sobre su cabeza por los nuevos gobernantes, como había sufrido lo que el antiguo régimen le imponía, la religión manipulada así por los hombres de Estado, se convirtiese pronto en un refugio; porque el pueblo debió detestar íntimamente a esos nuevos amos, que reemplazaban a los aristócratas del antiguo régimen.

Tenemos una prueba de ello en el hecho de que el socialismo francés hasta 1848, y más allá incluso, estuvo esencialmente bajo la influencia del sentimiento religioso, tanto en la forma de una religión impuesta desde arriba (género de la Revolución francesa, Napoleón I; "religión saint-simoniana" fueron titulados los innumerables folletos de propaganda de los años 1831 y 1832), como en tanto que manifestación de una religión que llena todo el ser íntimo de un hombre (género de la Vendée, pietistas; "Palabras de un creyente", de Lamennais, 1833, el panfleto socialista más difundido de la época). Proudhon discutía, ergotizaba, se enfurecía con "dios" y creía haberle inferido heridas mortales, pero eso mismo muestra que la idea de que "dios" no es más que una ficción, no le era bastante familiar. Había todo un reconocimiento neo-católico entonces, y el anticlericalismo, que impugnaba la congregación bajo la restauración, que hizo combatir a Eugenio Sué a los jesuitas en su *Judío Errante*, y que inspiró las famosas conferencias de Michelet y de Quinet, no fué anti-religioso de ningún modo.

El *De la Justice dans la Révolution et dans l'Eglise* de Proudhon, 1858, esas 1676 páginas confiscadas en Francia, no entró en la conciencia popular. En la juventud de las escuelas, sin embargo, hacia el 60, después del regreso de Blanqui a París, el materialismo más franco fué propagado, al lado de un socialismo muy pronunciado y, sea la dictadura blanquista, sea el federalismo proudhoniano. Lo mismo en Bélgica, donde se disfrutaba de la libertad de palabra, y donde la política anti-imperial de París no estaba en el primer plano de la atención pública. Allí, pues, en París y en Bruselas, entre 1860 y 1870, hubo una de las más bellas floraciones del verdadero pensamiento libre, que tuvo también alguna repercusión en Holanda.

Luego, desde la guerra hasta 1880, el regreso de los comunistas después de la amnistía, hubo poco libre pensamiento en esos países, aunque sí mucho anticlericalismo, que fué victorioso en Francia, mientras que en Bélgica, al contrario, el clericalismo se afirmó cada vez más y permanece todavía inexpugnable. Al considerar de cerca y comparar también el ejemplo italiano, se advierte que el anticlericalismo no es un primer paso hacia el libre pensamiento: es una acción contra la iglesia, pero en favor del Estado, que no toca a la religión misma, y le procura, al contrario, una nueva base más moderna. Cada Estado, en un momento de su carrera, estimula el anticlericalismo para someter la iglesia, pero ningún Estado estimula el libre pensamiento, que con la negación de la ficción "dios" llega también a reconocer lo falaz de la imposición "Estado" y el vacío del fetiche "propiedad". De igual modo, los partidos socialistas, deseando establecer su Estado, son anticlericales todo lo que se quiera, pero no libres pensadores, y se inclinan cada vez más, desde que recogen millones de votos, ante los prejuicios caros a los electores.

Así el terreno de la propaganda de libre pensamiento se restringe; el socialismo le vuelve la espalda. Se hace en propaganda especializada cada vez más solitaria, y no existe más que la propaganda anarquista, de que la propaganda del libre pensamiento forma una parte integrante, que la lleva a cabo, pero es demasiado poco para un gran pueblo.

En Inglaterra en el siglo XVIII, la ascendencia del maquinismo naciente y creciente impidió la caída del antiguo régimen; luego, más de veinte años de guerra alimentaron de tal modo la industria, que la revolución francesa no halló en ella ninguna repercusión efectiva y la gran crisis de los años posteriores a 1815 fué conducida por canales apacibles por una serie de reformas políticas y económicas. La crítica filosófica del siglo XVIII estuvo, pues, más aislada que en Francia en la víspera de la revolución, y cuando fué hecha accesible al pueblo, por medio de una propaganda muy intensiva y abnegada que duró todo el tiempo entre 1789 y 1848 aproximadamente, se dedicó, ante todo, a demoler la autoridad verdaderamente fabulosa de que disfrutaba la Biblia en la mentalidad inglesa. Era preciso hacerlo, porque no se avanzaba una pulgada sin esa demolición, pero muy pocas de esas demoliciones encarnizadas, ni siquiera Thomas Paine, fueron más allá, deteniéndose en un teísmo racionalista. Los que profesaban altamente su convicción de la realidad de todas las religiones, los Godwin, Shelley, Robert Owen (1817) — fueron también los socialistas más libertarios de la época — fueron proscritos de la sociedad de una manera muy efectiva, y su contacto con la vida popular obstaculizada todo lo que se pudo; Robert Owen cuenta que después de su desafío arrojado públicamente a las religiones en agosto de 1817, ningún editor y librero inglés, a causa de la intervención de los amigos de la iglesia, tocó más ninguna de sus publicaciones (v. *The Life of Robert Owen*, 1857, págs. 201, 202); Godwin fué arruinado, y Shelley salió de Inglaterra.

En ese período de luchas continuas hasta 1848, la crítica religiosa y a menudo el libre pensamiento, y las opiniones muy radicales en materia de gobierno, basadas en Godwin, y de socialismo voluntario y asociado, basados en Owen, Thompson y otros, fueron familiares a los hombres avanzados en Inglaterra, para la mayor parte de los artesanos de las ciudades. Más tarde, la política y el mazzinismo, unidos a un tradeunionismo reformista, los absorbió y el libre pensamiento retrocedió al antibiblicismo de Charles Bradlaugh, que agregó a él la causa de su ambición política personal, su malthusianismo y su antisocialismo; así los *secularistas* se convertían en una capilla aparte, en un anexo del partido radical y en un foco de hostilidad al socialismo. Más tarde el socialismo electoral hizo todos los avances a la religión; hubo *The Christian Socialist* y *The Labor Prophet* de la *Labour Church*, y *The Church socialist* y otras cincuenta publicaciones y organizaciones para cautivar a los religiosos, tales como eran, para el socialismo parlamentario, por una que haya dicho una palabra de libre pensamiento.

Me eximo de una discusión semejante concerniente a otros países; vemos en todas partes las puertas abiertas de par en par a los electores creyentes, y el libre pensamiento relegado al fondo de un encierro, como una pobre pariente vieja de que un adivino llegado tiene vergüenza, y oculta a sus nuevos amigos. Allí donde el libre pensamiento tiene organizaciones especiales de propaganda, me parecen quedar estacionarias, lo que no es asombroso, si sus

miembros pertenecen a partidos muy diversos, y no tampoco si son de un solo partido, burgueses radicales u obreros socialistas: porque esos partidos no van más allá de un anticlericalismo estatista ocasional y, en otras ocasiones no tocan al problema religioso para preservar las susceptibilidades de los electores. No hay, pues, verdaderamente hoy más que los anarquistas combatiendo abiertamente la ficción religiosa; para todos los demás se ha convertido en un medio cómodo y precioso de enseñar al pueblo la sumisión y la obediencia, de que tiene gran necesidad tanto en el Estado capitalista como en el Estado socialdemócrata o soviético-comunista, como en el Estado corporativo fascista.

Es profundamente lamentable que así el tiempo y los medios de la propaganda de libre pensamiento hayan sido muy cortos, demasiado cortos, en los diversos países, y que ya en todas partes la obstaculicen y la hagan languidecer de nuevo influencias que parten esta vez de los llamados amigos y defensores del pueblo mismo. Tampoco el gran trabajo de la ciencia, único fenómeno verdaderamente progresivo de nuestro tiempo, influencia ya ese estancamiento. Vemos a menudo que se presenta en una columna de los periódicos populares los nuevos resultados de la descomposición de los átomos, de la extensión de nuestra comprensión del universo estelar, de los hallazgos prehistóricos más lejanos, y en la otra columna, habrá la lista de los predicadores del domingo, el extracto de un sermón fundamentalista. El lector moderno pasa una y otra de esas columnas y se detiene en la de los deportes o en la de los divorcios y en otras noticias de la gran sociedad. El problema se erige cada vez más punzante: si esos hombres comenzarán algún día a despertarse y a reflexionar, o si verdaderamente el fascismo universal pondrá enteramente su garra sobre ellos y los reducirá a una vida de esclavos completos, que pasará entre trabajos, deportes y sueño, con sangrías de tanto en tanto por las guerras...

Para nosotros, que luchamos contra este sistema con o sin esperanza, por el impulso de todo nuestro ser, escapado a tal degradación, y que se rebela contra tal vida y tal porvenir, el *libre pensamiento* debería volverse más caro aún con ayuda de reflexiones como las esbozadas aquí. Es en su forma verdadera y completa una rebelión contra la autoridad espiritual, *al par* con la rebelión contra la autoridad política, o monopolista, usurpadora, de los Estados, y de los detentadores del capital social, acaparado por ellos. Por esos tres caminos y otros todavía, se llegará al mismo fin: el rechazo de *todas* las autoridades. Es fácil de comprender que estamos solos en esa lucha, porque todos los demás desean acaparar una o varias de esas ramas de la autoridad, y eso les constriñe a quererlas *todas*. Tanto el burgués, como el socialista político, estatista, como el fascista, queriendo todos mantener al menos una autoridad, la del capital, la de un Estado, la suya propia, son forzados a mantenerlas todas, — y nosotros, no queriendo ninguna, las combatimos todas.

Para mí, todo esto es una demostración del hecho que los hombres están mucho más divididos *por sus mentalidades* que *por sus clases*. Son las mentalidades las que, entredesgarrando a la clase obrera, hacen de ella restos autoritarios y libertarios que se estrechocan. Más que a su brutalidad, es a eso a lo que el fascismo debe sus éxitos, y es bastante hábil para querer crearse una base en la masa sempiterna de los creyentes en las dos funciones de Roma, domi-

LUIS FABBRI

IDEAS

LA EDUCACION PARA LA REVUELTA

La revolución social es destinada — siendo tal su objetivo principal, — a eliminar todos los males sociales que se derivan de la miseria, de la explotación, de la ignorancia y de la opresión. Pero tendrá, independientemente de las ventajas materiales también efectos morales incalculables, dado que ejercerá una influencia educativa por el hecho mismo de ser una revolución.

Cuando hablamos de los efectos morales de la revolución, se entiende que nos referimos a aquellos que reputamos *buenos*, según las ideas de libertad y de justicia del anarquismo: efectos que, viceversa, son reputados malos por aquellos que, por espíritu de clase o avaricia de poder, por maldad o por interés, o también simplemente porque están con toda sinceridad aferrados a los viejos prejuicios religiosos y estatales, señalan la libertad como un peligro y la igualdad como un daño o, por lo menos, como una utopía irrealizable.

El efecto moral, bueno según los anarquistas, de la revolución es ante todo el de generalizar el espíritu de revuelta, no sólo la revuelta material — sin la cual no hay revolución posible, — sino también la revuelta contra las viejas ideas hasta entonces consideradas por los más sagrada e inviolables; no sólo la revuelta contra las instituciones, sino también contra el espíritu de esas instituciones.

Antes de la revolución las mayorías sociales duermen o casi, sufren por todos los males ocasionados por la mala organización económica y política, pero los soportan como inevitables, y sólo cuando la desesperación les empuja violentamente, estalla en movimientos convulsivos, agotados pronto. Los revolucionarios no pueden, en tiempos normales, más que influir indirectamente sobre esas mayorías amorfas; pueden hacerlas un poco simpatizantes con su obra, hacerlas menos hostiles a sus ideas; pero más de eso difícilmente pueden conseguir. La propaganda logra convertir y atraer a la órbita del movimiento de reforma social, solamente a un cierto nú-

nadora espiritual y material del universo. No soy yo el que debo dar consejos, pero me parece que cuanto más amplia sea la base sobre la cual esa usurpación fascista trate de asentarse para hacer seguro y durable su sistema, más amplia, profunda, intensa y variada debería llegar a ser la falange de aquellos que la combaten. La unión del fascismo con la iglesia debería ser seguida de una verdadera renovación del *libre pensamiento* en Italia.

29 de agosto de 1928.

mero de individuos que se debe tratar de que sean lo más numerosos posible, pero que sería ilusión creer que hayan de llegar a ser mayoría antes de la revolución. La lógica de las ideas, aun de las más bellas y las más claras, persuade sólo a aquellos a quienes el temperamento, el ambiente y otras circunstancias especiales vuelven permeable a la propaganda. Las mayorías no se dejan convertir más que por los hechos. No sólo eso. Sino que mientras existan las instituciones de privilegio y de opresión, ciertas supersticiones morales que se formaron en los siglos continúan su influencia también sobre aquellos que se dicen en palabras sus adversarios. El prestigio que emana de la autoridad constituida, sea la autoridad del gobierno o la del amo, recibe el homenaje inconsciente también de gran parte de la clase trabajadora que ha adquirida ya una conciencia relativamente libre. El que vive entre el pueblo sabe algo al respecto.

Más de una vez hemos tenido ocasión en Italia de asombrarnos — y se asombraban, alegrándose, también los llamados "hombres del orden" — de los homenajes en ciertas circunstancias dirigidos a sus propios opresores de parte de poblaciones más evolucionadas y emancipadas que las otras. Una vez, antes de la última guerra (hacia 1910, si bien recordamos), el rey de Italia fué al Ferrarese, una de las regiones más avanzadas y revolucionarias, especialmente en aquel tiempo; y se vió a aquel proletariado, que había sabido hacer huelgas llenas de energía insurreccional y que votaba las resoluciones más violentas, rendir al soberano honores que los conservadores no habrían esperado nunca. Lo mismo ocurrió durante la guerra, con el proletariado de Molinelli, tan heroico, sin embargo, en sus decenas y decenas de años en sus huelgas memorables y últimamente en su resistencia al fascismo. Echar la culpa a los "jefes" de todo eso sería verdaderamente demasiado simplista. La verdad es que la sumisión secular ha dejado en las masas un sedimento de servilismo y de respeto casi religioso a la autoridad; sentimientos que no pueden ser desarraigados en medida suficiente más que por la revolución.

A tal respecto, recuerdo todavía un episodio en torno a 1906, de una de las tantas demostraciones populares parisienses de aquel tiempo. Durante una violenta manifestación callejera, el famoso prefecto de policía Lepine — que, no obstante, era tan odiado por la clase obrera, — mientras dirigía las operaciones de sus acólitos contra los demostrantes, los cuales golpeaban a los agentes y se les rebelaban a tiros de revólver, por un movimiento brusco de la muchedumbre, se encontró en un momento solo en medio de un fuerte grupo de rebeldes. Acto de buena guerra en aquel momento, por parte de los obreros, habría sido el hacer pagar a Lepine todas las

violencias cometidas por orden suya por los polizontes; en cambio... no se le tocó un cabello y se le dejó volver tranquilamente entre los suyos. Pero entonces vino espontánea la pregunta: ¿Por qué pegar a los agentes que eran mucho menos responsables que su jefe?

Recuerdo que en un coloquio que tuve en Londres con Malatesta, poco tiempo después, éste se maravillaba conmigo del hecho y me lo señalaba como un signo de la mala educación revolucionaria dada al proletariado parisiense por los sindicalistas. Pero sólo en parte tenía razón; pues no tenía en cuenta la psicología de las multitudes, que instintivamente sufren la fascinación de la autoridad constituida. Un acto de revuelta contra Lepine en persona habría tenido necesidad de una preparación consciente, más posible en un individuo aislado que en una masa popular. La masa se las toma con preferencia contra los agentes, no sólo porque experimenta de ellos los puñetazos y las violencias de toda especie — según el instinto del perro, que clava los dientes en el palo que le sacude, — sino porque a sus ojos revisten una menor suma de autoridad y tienen, por tanto, menos prestigio.

Hasta entre los anarquistas he tenido ocasión de notar algo semejante. A un compañero nuestro, obrero de Bolonia (es otro recuerdo de antes de la guerra), una noche, por casualidad, se le cae en el paseo el sombrero. Un guardia de la Pubblica Sicurezza allí próximo se inclinó gentilmente y recogió el sombrero, entregándolo a su propietario; éste — y no discuto el hecho, evidentemente poco justo, sino que lo narro porque es típico — tomó el sombrero y lo tiró al suelo diciendo: "De un polizonte no querré cortesías". Naturalmente, fué detenido y conducido a la questura, y allí, nuestro amigo, antes tan intransigente hacia quien después de todo le había prestado un servicio, fué tan cortés con el delegado que le interrogó y que quería mantener su arresto, que consiguió hacerse poner en libertad. Tratándose, como recuerdo, de un compañero sincero e incapaz de una villanía, es evidente que en el fondo obró así porque sentía más respeto por el delegado que por el guardia; mientras que desde el punto de vista anarquista, habría debido ser lo contrario. Por lo menos, para ser coherente con su primer acto, habría debido quedar impasible, sostener la legitimidad de su acto o, en la mejor hipótesis, callar.

¡Pequeños hechos! se dirá. Sí, pero que son un índice de la psicología colectiva. Por lo demás, todos aquellos que están de continuo en medio de las agitaciones obreras, en las huelgas y en las demostraciones callejeras, habrán debido constatar a menudo el mismo fenómeno. En ciertos momentos críticos, en que está por estallar una revuelta, a pesar de los consejos de calma de los jefes y las exhortaciones bruscas de los delegados, basta a veces la intervención personal de un prefecto o de un diputado, del questor o de un simple oficial superior del ejército, para producir rápidamente la calma. En esto entran también otros elementos de diversa especie; pero entre ellos no se puede negar que lo que predomina es el prestigio que tiene la autoridad sobre la masa.

El mismo fenómeno, aunque en medida menor, se ha observado a menudo frente a los patronos. Yo mismo, en una huelga que tuve que guiar, en el corto período de experimento hecho en el seno de la organización sindical en 1909-10, constaté este hecho: que mientras los huelguistas masculinos y femeninos,

animados de un maravilloso espíritu de lucha — la huelga se ganó completamente después de siete meses de resistencia, sin intervención de autoridad ni de hombres políticos, — eran violentísimos contra los rompedorhuelgas y los policías, dejaban pasar libremente por entre ellos al patrón, y sólo comenzaron a silbarlo cuando éste se atrevió en persona a insultar con palabras y gestos indecentes a sus obreros en huelga.

Ahora, ¿es de esperar con la simple propaganda y también con la simple organización de clase vencer y demoler ese prestigio sobre las multitudes que emana del poder constituido de la sociedad burguesa, y vencerlo también en las minorías amorfas, cuando es tan difícil disminuirlo en las mismas minorías conquistadas ya en parte para nuestro movimiento? ¡No! La nueva conciencia humana, libre de toda sumisión espiritual a la autoridad patronal y gubernativa, no se formará más que con la destrucción de esa autoridad. La revolución será en este sentido la gran educadora de las masas populares. No bastará la destrucción material, ni siquiera ella, del todo; pero el hecho nuevo, la falta de lo que puede alimentar el espíritu de sumisión, creará las condiciones mejores de desarrollo para el espíritu de libertad y de igualdad.

Donde la propaganda doctrinal y pacífica no puede alcanzar, llegará a resultados hoy inesperables la propaganda del hecho revolucionario. Este significará el ingreso de las mayorías en un nuevo ambiente, donde al fin las palabras de justicia social hechas realidad penetrarán en todos los corazones y en todos los cerebros. Antes sería verdaderamente utopía soñar tal resultado.

Recordad la revolución francesa. Mientras la cabeza de Luis XVI no cayó en el patíbulo, la realeza conservó siempre para los más su prestigio; antes de la encarcelación del rey en el Temple, la misma mayoría de la Asamblea, tan atrevida sin embargo, era monárquica, y era monárquico el mismo Robespierre. Después todos fueron republicanos, y desde entonces el trono de los reyes de Francia, aunque restaurado, no fué ya una cosa sagrada e inviolable, y fué posible derribarlo de nuevo más de una vez, hasta que lo fué definitivamente.

Se objeta a menudo a quien hace propaganda de anarquismo, la falta de preparación de las masas para la libertad, su ineducación, para las cuales una sociedad sin gobierno parecería imposible. En efecto, antes de la revolución, dada la psicología colectiva determinada por el ambiente actual, se puede decir muy bien que ni siquiera los anarquistas declarados serían capaces de vivir en cooperación libre. El fracaso de tantos experimentos de vida comunista libre, en las diversas tentativas de colonias libertarias, lo demuestra, como demuestra la imposibilidad en plena burguesía, de aislarse de ella y de sustraerse a los mil tentáculos de su influencia moral, económica y política. Pero no se tiene en cuenta, en la objeción aludida, la eficacia educativa de la revolución.

La educación para la revuelta, que antes de la revolución es ejercida por las ideas de libertad en pequeñas minorías, y también sobre éstas con una eficacia relativa, sólo la revolución puede impulsar más allá de los límites augustos permitidos por el ambiente autoritario y capitalista actual, hacerle ganar terreno en medio de las más vastas colectividades, entre las masas populares y proletarias más extensas, sí, naturalmente, la revolución sabe ser dig-

na de su nombre, es decir, no sólo el derribamiento de un viejo poder en beneficio de un poder nuevo, sino, la demoleadora audaz de todo poder, la verdadera y propia revolución de la libertad.

LA REVOLUCION CREADORA DE ENERGIAS Y EDUCADORA DE LA INICIATIVA LIBRE

No creemos en los milagros y, por tanto, no atribuimos a la revolución efectos mágicos. Los adversarios de los anarquistas, especialmente los socialistas parlamentarios, a menudo les hacen la acusación de "milagrismo" revolucionario; pero ellos deben reconocer que, de cualquier modo, la papeleta electoral y la conquista de los poderes públicos tienen una eficacia menos... milagrosa que la atribuida a la revolución.

Los efectos morales, educativos, que los anarquistas esperan de la revolución son mucho más lógicos y razonables, preveibles por quien conozca un poco de historia de las revoluciones pasadas y un poco de la psicología popular. Si quisiera compilar un trabajo de erudición, tendría que llenar libros sobre esto. Pero me basta señalar a los lectores al áureo libro de Kropotkin sobre la revolución francesa y los estudios de todos los escritores que se han ocupado de psicología colectiva.

Hemos dicho ya cuánto puede contribuir la revolución a demoler en las conciencias los viejos prejuicios autoritarios. Los hechos, repetimos, son los mejores educadores. Si antes de descender a los hechos, se tuviese que esperar que todo el pueblo estuviese completamente educado, no se haría nunca nada. Así como el pueblo se educará en la libertad cuando sea libre de sus dominadores, así se educará en la vida social comunista, en el respeto mutuo, en la utilización de las propias fuerzas, en la cooperación y en la asociación libres, cuando le sea posible experimentar — sin que haya alguna autoridad constituida que lo obstaculice, — la cooperación comunista y la asociación sobre la base del libre pacto y de la ayuda mutua.

La revolución, rompiendo los diques que retienen y comprimen hoy la evolución social, permitirá la libre expansión de todas las fuerzas populares, — ¡el desencadenamiento de la hidra! dicen con espanto los burgueses. — Aniquilada de hecho la autoridad gubernativa y quitada la propiedad a los capitalistas, los grupos sociales por la impelente necesidad de vivir se formarán y experimentarán el sistema de vida que más les convenga y que los anarquistas no dejarán de proponer. Será el caos, tal vez, será la confusión aparente por un cierto tiempo; pero el equilibrio no dejará de restablecerse apenas hayan sido vencidas del todo las resistencias burguesas y estatales, los trabajadores sentirán la necesidad de consolidar un sistema de vida ordenado y continuativo. Será entonces el fin de la revolución propiamente dicha y el principio de un nuevo período evolutivo.

Será este el resultado positivo de la revolución, en el seno de la cual se habrá hecho, junto a la obra de destrucción del viejo régimen, la tentativa multiforme de hallar el equilibrio estable de la nueva vida social, práctica, de las masas populares. Su efecto moral habrá consistido en hacer tocar con la mano, el hacer sentir más profundamente la necesidad de la solidaridad, en la lucha primero y para la existencia después. Hoy, en el sistema del cada

uno para sí y... el gobierno para todos, la autoridad de lo alto sustituye y en parte impide la solidaridad en lo bajo. Sin la autoridad, el pueblo sentirá, en cambio, más la solidaridad, como aquel a quien falta un punto de sostén, tiende instintivamente la mano a sus vecinos. La necesidad mayor, en un estado de libertad, del apoyo mutuo, determinará un mayor desarrollo del amor y del respeto recíproco entre los hombres.

Aquellos que en tiempo de revolución temen el desencadenamiento de las pasiones, la expansión de la violencia individual y colectiva, el robo irracional, el saqueo destructor, los estupros, los homicidios, etc., olvidan la historia de las revoluciones. Las cuales pueden mencionar también no pocos episodios del género — son, en cambio, mucho más generales en el régimen burgués, especialmente en las guerras interestatales y coloniales, — pero en el conjunto son siempre más "morales" de lo que se cree y se piensa. La revolución funde en su crisol todas las energías violentas, incluso las de la delincuencia; atrae a su órbita generosa también las fuerzas originariamente malas; y se ha constatado más de una vez por los historiadores que en los momentos de orgullo revolucionario la delincuencia verdadera y propia, de origen no político, disminuye mucho si no es que desaparece del todo, mientras que en medio del ardor revolucionario se han visto brotar flores delicadas de generosidad y de bondad hasta en los corazones más habituados al vicio o que tales parecían.

Pues al combatir y arriesgar la vida por una idea de justicia se vuelve uno más bueno. Este efecto no puede contrabalancear ventajosamente el otro efecto en tiempo de revolución, de un inevitable y parcial retorno a la superficie de los instintos de violencia.

Otro efecto moral de la revolución es este: que suscita en el pueblo energías individuales y colectivas ignoradas hasta la víspera; y se forman en ella realmente individuos nuevos, se revelan genios e ingenios hasta entonces dormidos u ocultos. La revolución en general estalla después de un período de crisis y de depresión, o bien después de ciertas bonanzas características que a veces preceden a los huracanes. Y el huracán social pasará, renovador y purificador, haciendo surgir a la superficie fuerzas que no piden más que una impulsión enérgica para sobrenadar; mientras que se hundirán en la nada tantas mediocridades que hoy se mueven por fuerza de inercia sobre el estanque pútrido. Será como respecto de ciertos metales que se pueden obtener sólo a fuerza de fusiones a temperaturas fabulosas; el fuego febril de la acción revolucionaria valorizará jóvenes energías que de otro modo no podrían manifestarse, energías no sólo de destrucción, sino también de reconstrucción, renovadoras desde todo punto de vista intelectual y material.

No se trata de sueltos retóricos sugeridos por la fantasía y por la fe ciega. Abrid la historia de todos los pueblos y veréis los períodos más revolucionarios caracterizados siempre por un despertar enorme de la intelectualidad humana, por progresos de toda especie, por descubrimientos científicos y atrevimientos filosóficos, por mejoramientos económicos y por la aparición, en apariencia milagrosa, de genios en el arte o en la política, en las ciencias o en la industria.

Pensad un momento en la cantidad de hombres nuevos, revelados por la revolución francesa, de 1789 a 1893, en las innovaciones de toda especie que maduraron en su seno hasta en los campos más extraños a la política: desde el reflorecimiento de la agricultura a la adopción del sistema métrico decimal, desde la renovación de la pedagogía al desenvolvimiento de las ciencias naturales. Y no hablo de la revelación ante el mundo — más importante desde el especial punto de vista político y militar de la burguesía, — de hombres políticos de la fuerza de los Vergniaud, de los Robespierre, de los Danton y de hombres de guerra como los Hoche, los Massena, los Doumoriez y tantos otros, entre ellos el mismo Napoleón, los cuales, sin la revolución, habrían permanecido todos desconocidos y nunca habrían ocupado en la historia el puesto que conquistaron.

La revolución, precisamente porque disuelve todos los vínculos artificiales y autoritarios que en tiempo normal ahorran las fuerzas y dejan inactivo el espíritu de iniciativa de los más, pone a todos los individuos en la necesidad de participar en la vida pública; primero les obliga a elegir un puesto en la lucha, pues difícilmente permite que alguno se pueda apartar completamente — y entonces es natural que incluso los más perezosos entre los oprimidos, los que más tienden a adaptarse al ambiente, se adapten a la revolución, que es hecha en su interés, — después los impele a ocuparse, bajo el aguijón de la necesidad, de todo lo que se refiere a la vida económica y social. Todos son interesados, obligados por el instinto mismo de conservación, a buscar con otros el medio común, entre la tempestad, para asegurarse el pan y la seguridad de vivir.

Hasta los elementos más pacíficos y menos adaptados a la lucha, si consiguieran evitar los riesgos de los días de conflicto y de batalla, deberán preocuparse del hecho que en la propia ciudad, en el propio barrio, habrán sido destruidos todos los organismos que antes, bien o mal, proveían con el engranaje capitalista a las subsistencias y a las provisiones. Deberán, por tanto, tomar parte de alguna manera en la obra de expropiación de la propiedad, para instaurar los métodos nuevos de distribución y de producción.

Para esto se requerirá mucha buena voluntad y energía, pero estará muy lejos de costar a los trabajadores el agotamiento físico que la ganancia de un pedazo de pan cuesta hoy en plena sociedad burguesa.

También las necesidades creadas por la revolución tendrán en suma una virtud educadora, lo que no significa que (sea dicho entre paréntesis) los revolucionarios y los anarquistas no deban desde hoy preocuparse de aquellas necesidades, preverlas en lo posible y estudiar el modo de resolverlas prácticamente, sin esperar únicamente de la revolución una especie de resolución automática de todas las futuras dificultades.

El instinto de conservación y de adaptación al ambiente, si antes de la revolución es un obstáculo a la difusión de las ideas revolucionarias, después será, en cambio, un elemento de consolidación. Nadie ignora cuál fué la fuerza más poderosa que permitió desde 1789 a 1794 a la revolución francesa avanzar por su camino, mientras combatía en la Vendée y en las ciudades realistas contra los avances del viejo régimen y en las fronteras contra los ejércitos de

los reyes conjurados. Tal fuerza, lo que le guardó las espaldas contra las tendencias reaccionarias que habrían podido manifestarse en los campos, fué precisamente el hecho que los campesinos, llevados al principio a la revuelta por el hambre y no ciertamente por la propaganda de las ideas de los enciclopedistas, se vincularon a la revolución por temor a perder las tierras expropiadas de hecho sino de derecho a los feudatarios, casi todos escapados al exterior o aprisionados y ajusticiados en las ciudades por la revolución.

En las pequeñas comunas y en las aldeas los campesinos, libertados de la servidumbre de la gleba, pudieron esperar que recogerían de la tierra, para sí, los frutos y las mieses por ellos cultivadas; y al menos en los primeros años, esa esperanza no fué del todo frustrada. Fué ese hecho de índole socialista, como demuestra Kropotkin en su estudio tantas veces recordado, lo que aseguró el triunfo de la revolución. La burguesía, luego, una vez consolidada en el poder, trató de disminuir en la práctica el alcance de ese gran acontecimiento, haciendo desviar el espíritu igualitario que se manifestó al comienzo entre los campesinos, legalizando las conquistas hechas por ellos con la implantación en los campos de la pequeña propiedad de reciente formación, es decir, sustituyendo a la socialización de las tierras (que habría podido surgir de aquel movimiento) por el reparto de las tierras, un mal infinitamente menor desde el punto de vista burgués. Pero el hecho queda, como gran enseñanza para toda revolución futura.

Eso valió no sólo para consolidar la revolución, sino para crear en toda aldea y en todo pequeño centro focos de actividad organizadora y económica. Las pequeñas comunas, en cuya administración participaban todos, se organizaron admirablemente y funcionaron de modo que, durante los espasmos más agudos del período revolucionario, la vida no se detuvo siquiera un instante en ellas. Hasta los boyeros más ignorantes y analfabetos mostraron un espíritu de iniciativa prodigioso, una comprensión de las necesidades políticas generales extraordinaria. Mientras, por ejemplo, habían cerrado tanto los ojos sobre la fuga del rey de París, y muchos creían que eso podía ser un bien, fueron los campesinos de las pequeñas comunas y los habitantes de las aldeas los que comprendieron el peligro de dejar escapar de la mano tal rehén y lo detuvieron en Varennes, volviéndolo prisionero a París.

Los historiadores narran que, mientras antes del 89 la carestía asolaba a Francia con el hambre más inaudita, inmediatamente después — y especialmente en 1791 y 1792, — se tuvo en todas partes una producción agrícola fuerte y abundante. Es un hecho. Y los que reprochan tan a menudo a los anarquistas calumniosamente la teoría del milagro, no querrán sostener que la tierra se hubiese vuelto entonces milagrosamente más fértil. La tierra era fértil también antes, pero inútilmente; la revolución fué la que valorizó su fertilidad confiando esa labor a los legítimos propietarios, los campesinos, los cuales fueron despertados por la revolución a nueva vida, educados a través del interés momentáneo en su natural actividad económica; y supieron organizar la producción de modo como para llenar los graneros, no sólo lo suficiente para ellos, sino para que no faltasen las subsistencias al nuevo régimen y le permitiesen no ser vencido por hambre por la coalición reaccionaria europea.

Cuando estudiamos la historia de las revoluciones pasadas no podemos, naturalmente, más que ver claros los efectos materiales. Pero por éstos es fácil comprender también los efectos morales. ¿Cómo sería comprensible una transformación tan enorme como la de la revolución francesa, que arrastró consigo en pocos años a todo el mundo? ¿Cómo serían comprensibles todos los progresos políticos, intelectuales, económicos que de ella surgieron? ¿Cómo la revelación de tantas energías nuevas y de tantas personalidades magníficas? ¿Cómo tantos hechos tan generales y complejos, sino por el hecho general de la formación de una conciencia individual y colectiva más vasta y elevada, sino con el hecho de una nueva educación verdadera y propia de la psicología humana por obra de la revolución? Y como se sabe que antes de la revolución esa conciencia nueva era patrimonio de pequeñas minorías, de individualidades aisladas o de núcleos pequeñísimos en comparación a la mayoría ausente u hostil o desconfiada, ¿cómo se

puede negar que haya sido la revolución la que educó a las masas en un tenor de vida política, económica e intelectual indudablemente superior?

He ahí por qué no es infundada, e incluso es razonable y segura, la esperanza que los anarquistas ponen en una revolución social contra las actuales dominaciones burguesas: la esperanza no sólo de un mejoramiento material de las condiciones de vida para la gran masa trabajadora, esclava de la servidumbre del salariado y sometida a la prepotencia del Estado, sino también la esperanza de que la revolución complete entre las mayorías oprimidas la obra de educación del sentimiento de justicia, de libertad y de solidaridad que podemos ejercer hoy sólo con una minoría relativamente pequeña; la esperanza de que la revolución vuelva a despertar o cree las energías activas y el espíritu de iniciativa necesarios al establecimiento de un orden social mejor; la esperanza de que en el crisol de la revolución se forme la conciencia nueva de la humanidad.

CAMPIO PEREZ

La crítica a la sociedad presente en la obra de Florencio Sánchez

El teatro de Florencio Sánchez marca una nueva etapa en la evolución del llamado arte escénico nacional, hasta hoy inigualado, y si algún día se llega a escribir la historia del teatro contemporáneo ocupará un capítulo especial. Y lo ocupará no porque nos haya hecho conocer nuevos procedimientos ni nada semejante, sino porque sus obras son el fiel reflejo de la vida del campo y de la ciudad; son la miseria, los dolores y las desdichas de la humanidad, con sus defectos y sus debilidades; son las injusticias a que se ve rendida y los anacronismos sociales que la tienen agarrotada, impidiendo el triunfo de todo anhelo de justicia.

Carecíamos de esta clase de obras hasta entonces; únicamente para distracción de desocupados, en calidad de prestado, teníamos unos cuantos de esos esperpentos que aun hacen época, aburguesados en el estilo y las viejas formas, cuyo contenido, además de ser deficiente y canceroso, era dañino, y tan pronto él murió, decayó también su teatro.

Estaba entonces el servilismo intelectual en su mayor apogeo. Todo se copiaba, y lo que no era preciso imitar a los Dumas y compañía, literatoides de moda que hacían carrera con la adulación personal, y la prensa de todos los colores, de un modo vergonzoso, procuraba serle simpática. Esa literatura cursi y afrancesada, que encarnaba todos los vicios y refinamientos, era a la sazón el negocio del día. No había un ápice de dignidad personal, como no la hubo nunca en la casta *intelligente*. Faltaban ideas y para exponerlas públicamente, además, era preciso no tener compromisos con Dios ni con el diablo; un criterio tan estrecho y encerrado los tenía subyugados cual majada de ovejas a los sostenes de la burocracia de un modo tan ínicuo que causaba asco. Todo era de maldecir.

Esas viejas formas, esos mezquinos procederes, sin embargo, no eran fruto de nuestros *intelectuales*, no: lo habían importado todo y procedía de la vieja Europa. Eran los resabios de funestos anacronismos que habían envilecido las conciencias de nuestros conciudadanos del viejo mundo. Era el eterno servilismo; era la muerte de toda conciencia y de todo pensamiento; era como una peste negra que imperaba sobre nuestro cerebro desde los tiempos del feudalismo; la encarnación de una esclavitud miserable y denigrante que mataba todo lo que fuese propiedad del cerebro, verdadero y sano.

Desde el autor de "La leyenda de los siglos", uno de los absorbidos por la literatura y con miras tan torpes que abominaba de la Revolución, de esa Revolución que antes había ensalzado hasta el séptimo cielo, que había declarado los derechos del hombre, hasta fines del siglo XIX, lo que tendría que ser fuerza puramente cultural se ha convertido completamente en una pira de resoplones, carente de todo sentimiento no sólo artístico sino moral.

Pero era ello todo lo que había en el mercado, y se consumía. ¿El resultado? Envilecimiento y servidumbre: tal es lo que aprendimos de la literatura que ha muerto con la entrada en escena de la edad moderna.

Sin embargo, se justifica lo uno y lo otro. Esto porque el hombre empieza a pensar por cuenta propia y no lo hace con fines de ser simpático a su señor, sino que aspira a un mejor estado dentro de la vida en que se desenvuelve; la otra tenía su derecho a abominar de la Revolución, porque ésta destruía todo lo que consideraba perjudicial para la colectividad, y el maldito romanticismo como el llamado *arte* no desempeñaba entonces ninguna función social, como no lo desempeña actualmente, salvo en

ciertos casos. Pero, ¿cómo no destruir esos obstáculos que impedían la marcha de la verdad y que tan triste historia tenían?

Renegaba la Revolución del arte porque realmente carecía de valores efectivos, valores de reconstrucción social, y porque, además de ser un anacronismo, era perverso e impedía el acercamiento moral, la unión de los pueblos entre sí, contribuyendo a sembrar la discordia y la iniquidad, y eso precisamente es lo que no pueden comprender los *intelectuales* porque carecen de ideas propias, pues los *literatos* hasta las ideas tienen de prestado.

Esto era en parte lo que se comprendía y razonaba. Y era la única aspiración de todos los que hacían literatura por sport, por diversión y no como un medio de divulgación cultural como sería su fin, fin que hasta Florencio Sánchez, casi nadie comprendió, por lo que respecta a este continente, cuando llevó a las tablas sus dramas humanos, contrariando con la pujanza y la energía de su corazón rebelde a todo lo viejo, la admiración de los unos y las causas de los otros, serena y justiciariamente. Por eso fué toda una novedad su aparición.

El no había contraído compromisos con nadie, no estaba ligado a ninguna casta dominante a semejanza de los que tienen intereses creados. Con el alma limpia, y con una saña crítica fustigó acerbamente todo lo que es el honor y gala de nuestros tiempos: el envejecimiento y la servidumbre. Había visto y vivido las calamidades sociales, casi hasta "el hambre y la mendicidad vergonzante" y "como los imbéciles no se conocen", él procuró mostrarlos entre los vicios y las miserias que forman la riqueza y la pompa de la sociedad.

Haciendo uso de un estilo, sino refinado, correcto, con una dulzura de alma que consigue cautivarnos, nos ha mostrado los dolores del corazón, las arrobadoras bellezas de la juventud, todas las infamias y las injusticias de las cuales los pueblos son víctimas junto con sus prejuicios y sus egoísmos. Por eso es que sus juiciosas palabras, sin andar con redundancias, finalmente nos inducen a la meditación y por último nos subyugan y convencen.

Murió cuando más se esperaba de su espíritu combativo, sin habernos dado ni la mitad de su obra, y el teatro nacional con él bajó a la tumba. Murió cuando estaba en vísperas de volverse flor.

Tenía entonces treinta y cuatro años; en plena juventud. Y decimos en plena juventud porque Florencio ha sido siempre joven: tanto en pensar como en obrar.

Rebelde a todo yugo, a toda imposición, condenado a ganarse la vida desde muy niño, extrajo de la vida los antagonismos que encierra. Acumulando detalles sobre detalles fué arrancando a medida de sus fuerzas todo lo que le ha sido posible para reunir un día todas las contradicciones que encierra y tirárselas por la cabeza a la sociedad. Porque cada una de sus obras es un peñasco que destruye las tradiciones estúpidas creadas entre la ignorancia y la pobreza de espíritu y el anonadamiento patriótico.

Era un bohemio de alma incorregible, lleno de peculiaridades y con amplias miras hacia un porvenir mejor. Claro, sencillo y sereno; fué noble en todos los sentidos de la palabra y lo fué más aún ante los males humanos.

Si es verdad que algunas veces se encierra dentro de un círculo demasiado reducido para reflejar un ambiente de particularidad, aparte del significado que puedan tener sus producciones para representarlo, es

preciso notar que siempre habla al corazón y al alma de todos los pueblos, sin respetar nacionalidad, pueblo ni ley. Para este discípulo de Mürger toda patria es pequeña y no podría contentarse con ese reducido círculo cuando vivía horizontes sin límites. Por eso su obra tiene doble valor.

Se lamentaba de haber "empezado demasiado tarde la obra para derrochar tiempo en trivialidades"; pues él quera "ofrecer a la humanidad un espejo en el que viera reflejadas sus pasiones, sus miserias y sus vicios", y ello le hubiera inducido aun más a combatir, a extirpar los males crueles de la sociedad actual, para reclamar "lo que les robaron los amparados por la ley" y "para reclamar su parte de dicha en esta vida".

"Nuestros Hijos" representa todo esto, y las siguientes obras lo ratifican.

"Los Muertos", tal vez el más profundo de sus dramas, es la acusación fatal que pretende hundir el estado de cosas imperante en el abismo. Los personajes de esta obra son los muertos que vemos todos los días; que pasan a nuestro lado; podemos tocarlos con la mano, y aun cuando alguna vez digan palabras con algún razonamiento, si sondeamos su interior notamos horrorizados que están muertos; y aquellos en quienes aun parece que hay alguna sangre caliente, tienen el corazón helado, no existen. Y esa muerte lenta, paulatina y atormentadora que amenaza también a las futuras generaciones, es obra de los antagonismos sociales que se inoculan en germen en el vientre de las madres futuras con el fin de que su fruto nunca tenga vida: esta es la historia de los que nunca tuvieron vida; y estamos rodeados de estos muertos, funesta plaga de la sociedad civilizada, para quienes el significado de la vida es de un valor solamente relativo, garantizando la opulencia y el robo descarado antes que enseñar a los hombres a corregirse en sus defectos, porque "el hombre sin carácter es un muerto que camina".

No han olvidado las clases de la sociedad que la obra de Florencio Sánchez es una crítica irreconciliable que ofende. Si fuese un bellaco, un fabricante de novelas por entregas, seguramente que su labor intelectual hubiera sido estimada en otra forma. Pero Florencio Sánchez tenía la hombría de los hombres libres, la de no humillarse.

Hay en sus obras la sencillez de procedimientos que la hacen doblemente interesante, por eso llega a tener un alto valor artístico tan digno de apreciar en sus menores detalles, porque, además, por su emotividad y estructura hasta hoy no superada, es de un interés cultural y ameno.

Su crítica cerrada y vigorosa se extiende como la raíz de un gran árbol y se introduce en los cimientos de la sociedad y subterráneamente la zarandea; semejante a las olas del océano que, hoy una arena, mañana otra y así los años, y los siglos terminan por destruir las montañas. Así los altos ideales en la obra de Sánchez: quien pueda saborearlas de seguro que habrá aprendido algo.

Es preciso "trabajar para que llegue ese dichoso día donde la humanidad libre de prejuicios pueda apreciar en su justo valor las razones humanas" y para que el día de mañana "nuestros hijos no vengán a avergonzarse de los padres". Estas ideas sencillas nos son aún más dignas de aprecio y de admiración. Tenémosles respeto, no porque en su obra se nos revele nada desconocido, sino por la desenvoltura, por la belleza que encierra y la energía in-

domable que, razonando, nos convence y nos rebela ante todo dogmatismo, ante toda injusticia.

Toda obra que tenga por base la concordia humana y su cimiento en la razón no morirá jamás; por muy débiles que sean estos fundamentos no podrán destruirse, aun cuando sean los más sencillos, porque la verdad y la libertad es una y sola. No, no morirán. De nada importa que se le nieguen valores ni que se restrinjan; de nada servirá que los malintencionados pretendan coartar su efectividad, porque a costa de todo y por todo prevalecerán. Así la obra de nuestros antepasados, a pesar de los siglos; así los ladrillos de un edificio, todos esparcidos, desparramados, no representan más que ruinas, pero una vez ordenados se forman palacios.

De este modo también los ideales, por poca efectividad que tengan, se imponen ante los obstáculos, los hacen retroceder o apartarse del camino para proseguir su marcha siempre ascendente.

Por esto es necesario embeberse en la obra de Florencio Sánchez y luego respirar ese humanismo, tan sano y tan dulce que fluye de toda ella; sumergirse en sus conceptos y ver de cerca su alma, porque su obra es el drama del paria, es el drama humano con su sencillez, sus debilidades y sus faltas...

Es el campesino que después de haber perdido su vida en los largos surcos durante veinte, treinta o cuarenta años, de la noche a la mañana se le roba todo, y desde entonces tiene que vivir de la limosna humillante, porque la tierra que él labró y regó con su sangre y el sudor de su frente tenía un dueño, poco menos que ignorado, y ahora no tiene dónde dormir, qué comer ni qué vestir. Es el drama del obrero de la ciudad, el paria reventado de trabajo, cargado de prole, sin educación, sin tener qué comer; el esclavo moderno y sin amo que se interesa en lo más mínimo por su vida y la de su prole, como los antiguos esclavos. Es la tragedia cotidiana de los niños descalzos y desarrapados, de rostro marchito y demacrado, víctimas de todas las miserias humanas que por herencia recibieron, en lugar de caricias, los vicios y los anacronismos de una sociedad podrida y la estupidez refinada de una civilización que toca a su fin... es la tragedia de un inicu estado de cosas imperante en el cual se "deshace más fácilmente el nido del hombre que el nido de un pájero".

Buenos Aires, septiembre, 1928.

—(o)—

Fragmentos de Florencio Sánchez

Nadie está libre de tener por padre a un ladrón y por pariente a una banda de salteadores.

Nunca he visto que se tape un río para ponerle una casa encima... ni que se voltee una montaña para hacer un potrero.

Todo evoluciona y estos tiempos han mandado archivar la moral.

Una vida sin cariño se haría insoportable.

He empezado demasiado tarde la obra para derrochar tiempo en trivialidades.

Desentrañar del seno de la vida el drama de todos los días y de todos los momentos, las causas del dolor humano y exponerlas y difundirlas como un arma contra la ignorancia, la pasión y el prejuicio.

Hay síntomas de que la conciencia y la piedad subsisten en el hombre. Digámosle a su cerebro palabras de verdad e impetremos su clemencia con la oración del sentimiento.

La limitación de este derecho (de la maternidad) es causa del tributo enorme de vida que nos cobran los asilos, las cárceles y los cementerios. La maternidad nunca es un delito. Si se infringe una ley social, se ha cumplido la ley humana, que es la ley de las leyes.

Existe una ley que castiga la matanza de las vacas para que no se extinga nuestra riqueza ganadera. La disciplina social ordena la anulación de las madres y la matanza de los hijos.

Quiero ofrecer a la humanidad un espejo en que vea reflejadas sus pasiones, sus miserias y sus vicios.

Si no me considero purificado, estoy depurado de prejuicios, y siento desbordarse en mi espíritu la tolerancia y la piedad por mis semejantes.

Todos somos buenos para consolar y para dar consejos. Ninguno para hacer lo que manda. Agarran a un hombre sano, bueno, trabajador, servicial... lo despojan de todo lo que tiene; lo agarran, le tiran la consideración, le pierden el respeto, lo manosean, lo pisotean, lo soban... le quitan hasta el apellido... y cuando ese desgraciado, cansado, deshecho, inútil para todo, sin una esperanza, loco de vergüenza y de sufrimientos resuelve acabar de una vez con tanta inmundicia de vida, todos corren a atajarlo.

¡Oh! ¡La salud! ¡La salud! Madre egoísta del instinto creador, nos traza la ruta luminosa e inmutable, y por ella va la caravana de peregrinos en lo eterno, y va, y va, y marcha, y marcha sin detenerse un instante, sin volver los ojos una sola vez, sordos los oídos al clamor angustioso de los retardados, y los ojos exhaustos que va dejando en el camino que nunca se vuelve a recorrer.

RUDOLF ROCKER:

LOS SEIS CAMINOS

QUINTO CAMINO

Descansa en profundo sosiego el viejo convento, tan extraño, tan apartado de las preocupaciones humanas como si aquí la vida siguiera su propia ruta, sin ser tocada por el Sturm und Drang de los tiempos.

Los viejos muros miran silenciosamente ensimismados, y honda paz transpira cada piedra, a quien ningún rumor profano perturba en sus sueños. El olvido habita tras esos muros, y alguno a quien el dolor de la vida ardió en el cerebro, que chocó sangrientamente el alma en muda pena, encontró aquí nuevamente la paz de su corazón.

Aquí gira una sosegada existencia que, súbdita de otras leyes, lleva en sí el propio ritmo de su acción.

Ya el sol se acerca al horizonte y poco a poco se extiende la noche sobre los campos. El viejo jardín del convento yace pensativo. Sobre livianas suelas va el silencio por el soto. Pero cuando el aire sopla suave en las hojas, resuena tierno como un lejano son de órgano, que despierta en el alma temblorosos acordes.

Los monjes ambulan silenciosos por los viejos corredores, mueven mudos los labios en la oración, que sale de los más hondos abismos del alma para elevarse al trono de Dios.

Una tierna luz crepuscular llena el local de la iglesia, que irradia suave por las estrechas ventanas y despierta en las cosas el alma oculta, vida secreta proscripta en la madera y la piedra.

Las coloradas ventanas arrojan un resplandor propio sobre las figuras que, formadas de piedra, hundidas en la mirada severa en luminosas lejanías que se extiende mágicamente ante sus ojos. Del profundo sueño despierta la fría piedra y se estremece leve, como sacudida por el dolor que cede poco a poco al éxtasis venturoso.

Sobre el altar flota la imagen del Salvador, el cuerpo retorcido por el dolor, agonizando en la cruz. Por la ventana entra un resplandor verduzco que reluce raramente en el pálido rostro, que se refleja en el tormento del alma.

Los ojos, casi deshechos por la muerte, elevan, implorantes, la última mirada, como si allí encontrasen la redención del más hondo tormento. La frente está cubierta de rojo sudor que sangra lento de las rojas heridas causadas por la corona de espinas.

En esa mirada está asociado todo el dolor que ha nacido de este valle de lágrimas y su aguijón se clavó hondo en el corazón de los hijos de la tierra.

El pálido cuerpo, sacudido por el estertor de la muerte, se mueve en muda tortura hacia la eternidad, y las sombras mortuorias caen levemente.

A la derecha del altar hay un cuadro de la virgen, con las suaves miradas hundidas hacia la tierra. En

la mano izquierda lleva una rama de palma, la derecha se extiende para la bendición, como si quisiera compadecer toda penuria.

Un joven monje se arrodilla ante el cuadro de la virgen e inclina la cabeza profundamente hacia el suelo, como si le oprimiera la pesada carga de los pecados. Un hondo sollozo sacude su cuerpo. Tristes salen las palabras de sus labios y se forman en ardoroso ímpetu para la oración:

“¡María, bienaventurada madre de Dios! De lo más profundo clama mi corazón hacia ti y todas las heridas sangran en pos tuyo. Ten compasión del siervo que se arrodilla aquí, compungido, a tus divinos pies, y redímele de su dolor!”

Cuando entré en estos tranquilos muros para consagrar mi alma a la obra divina, vino a mí la gran paz en pos de la cual tanto tiempo había suspirado mi corazón. Sentía murmurar en mí sonidos de arpa, y mi alma nadaba en luminoso esplendor que la llevaba hacia la eternidad.

¡Oh!, celestial era el reposo que me invadió y que llenó mi interior como un bálsamo, haciéndome reconocer la magnificencia divina.

Mi espíritu profundizó en la obra divina. De mil fuentes manó para mí el manantial de su sabiduría. En cada polvito sentía su aliento y cada tallo que se mecía en el campo, mellenaba de feliz arrobamiento, revelándome la grandeza del creador. De cada floración hablaba para mí su espíritu. Oía su voz en el rugir del trueno, reconocía su poder en el rayo y la tormenta.

Cuando la noche viene sobre el mar y la tierra y chisporrotean mil estrellas en el cielo, sentía la sagrada proximidad del creador. Todo el mundo me parecía como un libro lleno de la sabiduría de su obra.

Cuando me sentaba por la noche silencioso en mi celda, con el espíritu hundido en la sagrada palabra de Dios, sentía iluminado mi interior, reconocía cómo ardía su espíritu en mi alma y me soltaba la lengua trabada.

En el más profundo recogimiento advertía su palabra y notaba cómo se movían en mí las alas. Su voluntad creadora danzaba en mi sangre y de lo hondo surgía algo que quería derramarse en forma y expresión.

Pero de repente mi mundo fué deshecho. Toda cosa se me aparece en dos especies de formas. En mi alma hirven oscuras fuerzas que me turban el piadoso sentimiento para la oración, que llevan mi pensamiento por senderos prohibidos y me roban la paz del corazón.

Cuando mi alma plena de piadoso recogimiento, se siente poseída del santo espíritu, otros cuadros transportan de repente mis sentidos y me muestran

las puertas de un mundo que mis ojos no habían contemplado nunca.

El rojo pecado está ante mí en ropaje de púrpura y galantea perturbado por el placer con mi cuerpo. Siento el ardoroso aliento de su celo y la sangre corre salvajemente por mis venas. El corazón palpita rápido en mi pecho y ardiente pasión nubla mis sentidos. La respiración se detiene, los ojos lo ven todo de color de rojo, y mi alma arde en fogosa codicia.

Pesado es el aire en mi celda, triste y grave, y dulces sonos llegan a mi oído alerta, hermosamente perturbadores, fogosos y pecaminosos. De mil cráteres arden llamas sobre el pecado y se derraman como ríos de fuego en mi corazón, que se contrae convulsivamente en placer nunca sospechado.

Luego desaparece todo como un sueño, y el mundo se extiende insípido ante mis ojos. Sólo en los miembros siento una pesadez como de plomo. Mi cabeza está vacía, como tras una noche en vela, hasta que paulatinamente vuelven los pensamientos. Pero están envueltos como en niebla y se apolotonan en el cerebro como un ovillo enredado. Poco a poco vuelve el recuerdo y toda la pesadez desaparece en lo profundo.

Luego siento otra vez el aliento de Dios en mi pecho, mis ojos ven el cielo abierto nuevamente y suaves penetran los coros angelicales en mi oído. Tan alado se me vuelve de repente el corazón y palpita en pos de la magnificencia divina como una alondra que se eleva hasta el cielo.

Se me vuelve clara otra vez la razón de todas las cosas. Mis sentidos paladean nuevamente en el libro de los santos, a fin de sacar de lo hondo de los pensamientos fuerza para resistir la astucia del tentador.

Pero cuando mi espíritu, lleno de la suprema alegría, embriagado cada vez más con lo sagrado, se eleva al éxtasis ardiente, vuelve a caer como una sombra en mi corazón y todas las cosas se ocultan para mí en nuevo ropaje.

Me parece como si se escurrieran serpientes por entre las líneas y cada palabra cobra nuevo sentido. Como una oscura revelación llega sobre mí. No puedo eludir más tiempo el tenebroso poder que penetra en mi alma por ocultos abismos, tejiendo mi espíritu con hilos de encanto.

Si elevo la mirada en el supremo tormento a la figura de Cristo, que impera doloroso sobre mi tarima, se me ríe sarcásticamente un espectro que se abre paso desde el infierno.

Por toda figura sagrada rien muecas diabólicas, de cada rincón se lanza a mí el infierno. Los diablos giran en torno mío hasta que amenazan desvanecerse los sentidos.

De repente se transmuta el cuadro. Oigo llegar a mí tiernos sonidos que se introducen levemente en mi alma y la seducen acariciadoramente tras la acción prohibida. La celda huele como un ramo de rosas, y la sangre corre ardiente por todos los miembros. Voces intrincadas surgen de lo profundo, los gruesos muros se mueven como en espasmos.

Caen de repente las vestiduras de los santos y la carne desnuda se agita en lujurioso ardor. Y espumante estalla la ola de todos los abismos; la tierra entera se mueve en espasmos de voluptuosidad. La celda se convierte para mí en monte de Venus y la impudicia se pavonea sin vergüenza ante mis ojos.

Recojo todas mis fuerzas y clamo a Dios en mi más profunda penuria. Pero sólo sale de mi boca una

horrible maldición, que repercute espantosa en las galerías silenciosas.

En confuso círculo gira cada figura, hasta que desaparece en mí la última frontera. Tiemblo ante mi propio yo, que me parece tan extraño y tan insondable, como si nunca la hubiera conocido.

En caos salvaje se agitan los pensamientos, luego cada uno gira en ligera rueda. Entonces no hay más arriba ni más abajo, hasta que el dique se rompe al subir esa corriente que se vierte luego en lo infinito.

Lo bueno y lo malo giran en loco torbellino; la virtud se apareja desvergonzada con el vicio, y donde yo sospechaba a Dios, se ríe sarcástica la mueca del diablo. ¿Dónde está la fuerza que separa las corrientes, que separa el reino de Dios del reino de Satanás?

Yo mismo he perdido todo apoyo y me siento arrancado por el torbellino, que me arroja bramando en lo infinito, como una página que danza en las olas y no sospecha el abismo que acecha abajo.

En mi cerebro remolinea hacia arriba y hacia abajo. El pecado lleva el casto ropaje de la virtud. Venus lleva indecente al Salvador del brazo. Dios y el diablo giran en danza, a los sonos emitidos por los santos.

Enloquezco en el propio corazón y siento que viven en mí dos almas. La una me eleva a los cielos, en cambio la otra me abate hacia el infierno.

¡María! ¡Bendita madre de Dios! ¡Escúchame y escucha el dolor de mi alma! ¡Devuelve la paz a mi corazón! Redímeme del pecado del dulce veneno. Deja que mi espíritu se eleve de nuevo y piense en el brillo radiante de Dios”.

La coloreada luz de la ventana se ha ido; la iglesia es envuelta en tinieblas; sólo en la estatua de la virgen tiembla todavía un débil resplandor.

Se levanta el monje en el más hondo dolor y extiende las manos en ardiente súplica. El rostro joven es contraído por la aflicción; sus ojos buscan la mirada de la virgen para ver si muestra compasión.

De la imagen irradia una secreta vida. Los ojos miran suaves en el suave resplandor y su mano derecha baja para la bendición.

—¡Salvado! — dice jubiloso. Los oscuros ojos miran como iluminados, y todo lo duro sale de su alma. Los estrechos muros, el mundo y las cosas desaparecen. Se siente rodeado de luminoso resplandor y escucha el silencioso aliento de la eternidad.

En el convento la vida sigue por su camino. Ninguna disonancia perturba la paz que allí habita y que penetra sosegadamente el corazón del hermano. El joven monje se siente como reavivado. Ha desaparecido el hechizo que le oprimía y abatía su espíritu a lo profundo. Se extinguió la prestidigitación de los sentidos que tan frecuentemente le había seducido en cálido ardor.

Con piadoso celo sirve la obra de Dios y nadie le iguala en serenidad. El grupo de los hermanos le quiere cordialmente y mira hacia él con devoto respeto, pues la gracia de Dios se extiende visiblemente sobre él.

Así pasan pacíficamente los años, sin ninguna presión del mundo exterior. El monje, siempre ensimismado en la obra de Dios, casi ha olvidado los aletazos del tiempo.

Un día le dice de repente el prior que le había destinado para guardián de los tesoros conservados tras los pesados muros, y que encerraban todo el orgullo del convento.

Con gravedad le lleva al lugar donde esas reliquias yacen bien ocultas en viejos cofres y en armarios. Allí ve astillas de la cruz del Salvador, en la que su cuerpo sucumbió en mortal tormento, huesos de santos, que murieron valerosamente como mártires de su fe. Y otras cien cosas dispersas allí, destinadas a conmover el corazón de los creyentes y a abrir su espíritu a los milagros.

Cuando el prior hubo mostrado los tesoros que se ocultan en el convento y le explicó la fuerza sagrada que obra por esas cosas muertas, lo lleva ante un viejo armario que sueña semi-cubierto en las sombras de un nicho.

—En ese armario — dice con tono grave el prior — se encuentra un elixir de vida que Satanás mismo preparó en el infierno. Estaba destinado a San Antonio, pues una vez el malo quiso tenderle un lazo. Pero la gracia de Dios velaba sobre él, y cuando el santo ha muerto, la redoma llegó a nosotros.

Hijo mío, también este frasco está bajo tu custodia. Cuida que ninguna mano humana lo toque jamás en criminal placer. Cuando ese líquido diabólico hierve en la sangre, se es abandonado a las obscuras potencias, se pierde uno para el tiempo y para la eternidad.

El viejo abrió mudo el antiguo cerrojo, tomó del armario una cajita, ricamente ataviada, en la que estaba el frasquito. Cuando el prior hubo abierto la cajita, se esparció por todo el local un delicado aroma que obraba sobre los sentidos y sobre el espíritu como una embriaguez.

El joven monje no sabe lo que le pasa. Su mirada se dirige como hechizada a la redoma que el viejo había vuelto a esconder rápido en el armario. Furtivo aspira el dulce aroma que llena la vieja cámara. ¿No le ha acariciado ya la misma embriaguez antes? ¿Dónde estaba para que aquel aroma le perturbase los sentidos?

De repente un ligero presentimiento invade su corazón. Era el aroma que llenó un tiempo su celda, un aroma de rosas que se abrían por la noche y que se posaba entorpecedor sobre los sentidos.

Oye las palabras del viejo como en sueños y voces ligeras penetran en su oído. Cierra tras sí la pesada puerta. La embriaguez que le ha entontecido ya no es más. Con mano rápida recibe las llaves y las oculta en lo profundo de su ruda vestimenta.

El día pasa de la manera habitual. Pero cuando se sienta por la noche en la celda, hundido el espíritu en la palabra divina, siente de nuevo aquel fino aroma que acaricia zalamero sus sentidos. ¿Son las rosas que florecen en el jardín y que hacen llegar su aroma por la ventana abierta?

En su mesa yace el viejo libro, iluminado por el pálido resplandor de la lámpara. En vano se esfuerza por abarcar el sentido de las palabras, pues aquel aroma le roba todo sosiego del corazón. Siente cómo le rodea algo extraño y cómo enlazan su espíritu delicados hilos.

Ve entonces una pálida sombra en la pared que se inclina sobre su libro. Aturdido mira a su alrededor en el estrecho aposento y se oye claramente el sonido de una voz:

“¿Qué vacilas? La llave está en tu mano. Bebe de la redoma llena de vida. Claramente se descubrirá tu esencia al espíritu, y fuerzas encantadas

inflamarán tu cuerpo. Tu espíritu vagará por extraños países y sus vibraciones llegarán a ser poderosas”.

Cae de repente ante la cruz de rodillas. De lo más hondo del alma mana su oración, para que le proteja en la hora de prueba:

—¡Oh, Jesús, sé compasivo con el pobre pecador y protégeme contra nuevos tormentos del alma! Guárdame de aquel extraño poder que enlaza mi espíritu con despreciable astucia para entregarme al horror del infierno.

Así suplica toda la noche temeroso, mortificado el cuerpo en el tormento, hasta que el agotamiento le cierra los ojos.

Durante el día se le aparece todo como un sueño, pero en cuanto llega la segunda noche, comienza el mismo horrible juego. Por la ventana abierta penetra un dulce aroma, y pronto le vuelve a seducir la misma voz:

“¡Loco, no pierdas el momento! El destino ha puesto en tus manos lo que no fué deparado a ningún mortal hasta aquí. No desaproveches la hora, lo que dejas pasar no lo vuelve ninguna eternidad”.

Así suena la voz más alto cada noche. Siente cómo se extinguen más y más sus fuerzas. Y a la séptima noche no puede más. Rápido sale del aposento. Corre sofocado por los corredores al lugar en donde está su destino.

Abre pronto su mano la estrecha puerta. Pone la lámpara en el viejo armario y lleva las dos manos al corazón, que palpita doloroso en su pecho herido. Con locura febril abre el armario y echa mano a aquel raro tesoro, que le robó la paz de su alma.

Todo su cuerpo es agitado por estremecimientos; siente cómo se paraliza la sangre en su cuerpo. Allí tiene, mudo, el frasco en la mano. Un dulce aroma le nubla el sentido. Temblando por todo su cuerpo afloja el corcho y ve cómo salen del cuello chispas azules. Lleva la redoma a la boca y bebe con ardorosa codicia la dulce bebida que corre por sus venas como el fuego.



Entonces oye de lo lejos una voz que dice: “¡Está hecho! ¡Paga ahora por tu culpa!”

Con apresuramiento oculta la cajita en el armario y sale con paso rápido del aposento.

La vieja iglesia luce esplendoroso brillo, y profundos acordes de órgano llenan el sagrado lugar donde se ha reunido la comunidad para recibir las bendiciones del Señor. El hondo sonido zumba por los corazones humanos, los liberta de las miserias de este mundo y eleva el espíritu a las alturas luminosas.

Se amortigua luego la ola de los sonos, hasta que el último eco se extingue tembloroso en el local. Rodeado de solemne silencio, aparece en el púlpito el joven monje. El pálido rostro parece esculpido en piedra y cada línea aparece como formada por mano de artista. Sólo de los oscuros ojos irradia roja claridad, que parece un reflejo de llamas internas.

Queda en pie y calla, como si quisiera hechizar con su mirada a los hombres que aparecen ante él. Sus ojos penetran en el corazón de cada uno, y contempla a cada cual con esa mirada que invade examinadora tras toda frente.

Y suena como un tañido de campana de sus labios, y su palabra llega acariciadora a cada oído. Singular es el lenguaje que habla, como si cada palabra tuviera un sentido oculto. Las frases tornasolean en ardiente colorido y se suman en una construcción fabulosa de insospechada magnificencia y grandiosidad.

Como haces de fuego se disparan los pensamientos, se distribuyen chisporroteando en mil chispas y caen como una lluvia de rayos. Cada palabra tiene allí su propia vida y gira con las otras en alegre círculo, para crear luminosas sinfonías. Luego vibra de nuevo en el propio corcho y reluce clara en el fuego de la idea.

La iglesia es llenada por delicado aroma que se posa como un narcótico sobre los sentidos y atrae de lo profundo raros sentimientos.

El piadoso grupo está como dominado por la embriaguez y queda inmóvil, hechizado por cada palabra que sale de los labios del joven monje y vibra temblando levemente en el espacio.

Pero él mismo está inmóvil de asombro, sometido al encanto del propio discurso. Las propias palabras resuenan en su oído como si fuesen pronunciadas por extraños labios. Se siente como presa de un sueño y duda de la realidad que le aprisiona.

¿Quién habla ahí? — pregunta en lo profundo de su alma. Yo no soy, — es otro el que habla por mí. En tales cosas apenas he pensado. Estoy aturdido ante mi propia obra, siento que la ha formado un extraño.

La voz se eleva al más alto tono y zumba en acordes remolineantes por el local, que extrae algo inaudito del alma. Luego otro grito de júbilo de lo más hondo del pecho, un último sollozo, delicado y embriagador: después el silencio, el último sonido se extingue.

El grupo de los creyentes queda en el mismo lugar y mira fijamente hacia dicho punto, cuando el monje ya hacía tiempo que había abandonado el púlpito.

El mismo no sabe lo que ha pasado. Todavía sigue llegando la extraña voz a su oído; las palabras se añaden en vivo esplendor, y los pensamientos son mecidos por delicioso aroma. Es el mismo aroma que

salía del frasquito que llevó una noche a sus labios. Ahora ese aroma está en su sangre, habla en cada palabra e irradia de su espíritu en azules chispas.

¡Perdido para siempre; pero portador de un mundo propio!

Suena por la ciudad y la aldea el nuevo mensaje de que ha nacido en el país un profeta. Apenas puede cobijar la iglesia las muchedumbres que se vierten en ella de todos los lugares, para oír de sus labios la palabra de dios.

Todo el mundo está lleno de su alabanza. Al vuelo encadena el corazón humano y lo conduce hacia un nuevo reino.

Sólo el prior queda inaccesible. El fuego del discurso no puede turbar sus sentidos. Presente que ha ocurrido algo espantoso y ruega a dios que le haga ver claro para poder conjurar el peligro que amenaza como la astucia de Satanás el sagrado lugar.

Y un día hace comparecer ante él al hermano y le dice con mirada oprimida:

Hijo mío, el malo ha hundido en tu corazón las garras para alejarte del espíritu del señor. Un milagro me parece a mí que es también tu palabra, pero no la voz de dios la que habla por tí. Es la astucia de Satanás la que te suelta la lengua. El poder de las tinieblas te ha rodeado y el abismo que te atrae bosteza cada vez más hondo.

El tentador ha perturbado tu corazón demasiado fuerte como para que pudieras ayudarte mi débil palabra. Sólo Dios te ayudará, que tu alma sea digna de gracia. Tu destino está en su fuerte mano. Únicamente él puede salvarte de la maldición y libertar tu corazón de la perfidia de Satanás.

El incrédulo ha embriagado tu palabra, pero obra como un escándalo en este lugar. Turba la paz que ha morado siempre aquí e introduce entre nosotros el veneno del pecado. Por eso no puede continuar más tu permanencia aquí.

La redención sólo puede venirte de afuera. No he perdido todavía la esperanza. Dirige, pues, tus pasos a Roma a cumplir una secreta misión que pongo con Dios en tus manos.

Aprovecha la ocasión que se te ofrece para encontrar de nuevo el camino de Dios. Y si el arrepentimiento ilumina tu corazón, vuelve a estos muros, donde un corazón paternal te recibirá.

Mi espíritu te acompaña en tu camino. ¡La bendición del Señor sea contigo! Prepárate para el lejano objetivo, pues mañana, antes de que salga el sol, se cerrarán tras de ti las puertas.

En el oriente arroja el sol rojo fulgor y poco a poco desaparece el pálido crepúsculo que envuelve las cosas como en el sueño. La hierba está cubierta de fresco rocío y alegremente gorjea de cada rama. Las flores se mecen al borde del arroyo y alegre cruje la rueda de un molino. ¡El mundo es tan hermoso en su grandiosidad!

El joven monje avanza firme por su camino y bebe encantado toda la magnificencia que aparece a sus miradas. Los muros del convento están ya muy lejos y la lejanía se extiende abierta. Allí atrás queda hechizado lo pequeño que cerraba sus sentidos como con paredes de cárcel y cortaba las alas a su espíritu fogoso. Por fin puede mover libremente las alas y mecirse como un águila en el espacio, embriagarse en su propia fuerza.

Le parece que han pasado ya años desde que dejó tras sí el convento. Cae un velo sobre el pasado. Lo que ha sido se le presenta envuelto en niebla y difícilmente se recuerda de aquellos tiempos que ha vivido.

Así sigue desde hace ya varias semanas su camino, cuando de repente le rodea un grueso bosque. Ya llega el día a su término y no descubre salida alguna, hasta que al fin pierde el estrecho sendero y, abandonado al azar, se abre trabajosamente camino en la espesura.

Un abismo detiene sus pasos. Los viejos árboles están densos unos junto a otros y elevan altamente sus troncos, de modo que sólo penetra de arriba débil fulgor.

De altas rocas baja un arroyuelo al abismo, que se rompe en sus puntas agudas echando espuma. La tierra está cubierta de blando musgo y los hongos crecen alrededor. Le parece un paisaje fabuloso. Un profundo anhelo atraviesa su pecho y mira soñadoramente hacia el abismo.

Ve de repente un hombre en traje de caza que, extendido al borde del abismo, duerme despreocupado en el verde crepúsculo.

Mira al que duerme en la cara escrutadoramente, y le oprime el corazón como un presentimiento. Le parece como si hubiera visto aquel rostro ya. Está allí y piensa, pero se esfuerza en vano. Un pensamiento se introduce en su cerebro:

—¿Si yo mismo fuese el cazador? Me parece que tengo más talento para cazador que para hermano del convento.

Apenas se le ocurrió el pensamiento, siente cómo late rápido el corazón. Como un encanto infernal le hierve la sangre; sus ojos arden en salvaje pasión y rojas sombras suben de lo profundo.

Una extraña potencia le aferra el brazo. Da al que duerme un empujón violento y lo hace despeñarse por las rocas hasta el abismo. Un grito ronco sale amenazador del abismo, luego llega el gran silencio, como si hubiera sido todo un sueño.

El monje queda inmóvil mirando la cima y no se da cuenta todavía de lo acontecido. Una risa audaz hiere su oído y una alegre voz le habla:

—La indumentaria de monje os está soberbia. En esa vestimenta el diablo os lleva tras la luz. Mucha suerte para la acción atrevida, mi noble señor. ¡Que vuestra amada no enloquezca!

Medio en sueños vuelve los ojos y se encuentra frente a un muchacho que le parece como un simple paje. Pero éste se retuerce de risa hasta que las lágrimas corren de sus ojos y se siente feliz como si estuviese ante él el diablo en cuerpo y alma.

—Un monje! ¡Un monje, según está en el libro! ¡Como si acabara de salir del convento! La cosa es realmente demasiado loca. El golpe más hermoso que ha realizado hasta aquí. Pero es tiempo de mover las piernas, pues hay un buen trecho hasta el castillo.

El monje no entiende una palabra de lo que oye; pero sonríe como si todo le fuese claro. En su cerebro hay un torbellino; en confuso caos danzan los pensamientos, y aquella realidad escapa a su mirada.

Ya está el sol rojo en el horizonte cuando, llegados al borde del bosque, divisan en una altura escarpada un castillo que mira pintorescamente hacia el valle.

—Es ya tiempo de que me retire poco a poco—dice el paje, guiñando los ojos. —Pues si me ven con vos, ni la cogulla os valdrá de mucho. ¡Salud! ¡Y suerte en la acción atrevida!

Mientras el paje desaparece en el bosque, sube el monje el escarpado sendero hasta que llega a las puertas del castillo. Con grave saludo le recibe el señor del castillo, como si le hubiese esperado largo tiempo.

Habla de su hijo a quien el espíritu le ha turbado y un gran dolor sale de su pecho. El destino le ha jugado mal, pero no ha perdido la esperanza de que el monje le lleve la redención en la hora de prueba e ilumine con ayuda de Dios el espíritu de su hijo.

Mientras el conde manifiesta al monje sus preocupaciones, le rodea la condesa con ardiente mirada que le quema la sangre como fuego por las venas.

Y cuando la noche envuelve en la obscuridad el castillo y todos se han entregado al descanso, aparece la condesa en el aposento del monje, a quien abraza con salvaje pasión. Siente devastador el ardor de sus besos que le absorben la sangre del corazón.

Satanás mismo vive en aquella mujer, que suspira furiosa en insaciado celo. Su cuerpo desnudo se estremece con ardor de fiebre. En loco placer le abraza y respira como agonizante de deseo.

El siente de pronto el mismo ardor en el cerebro. La roja locura corre por su sangre. Ve cómo chispean los pecados de sus ojos y oye cómo cuchichean sus labios:

—El delito es la suprema dicha. El hecho de haber aparecido aquí como monje, aumenta el placer hasta un tembloroso éxtasis.

Así desaparece la noche en ardiente placer sensual. Hasta que por oriente aparecen los primeros pálidos resplandores. Entonces se arranca tambaleante de sus brazos para que no la vean ojos en acecho.

Los días pasan como en sueños y cada noche la misma embriaguez. El monje disfruta primero el doble juego, luego siente poco a poco cómo desaparecen los límites en que aparecía encantado hasta allí su yo. Secreto espanto crece en su pecho, y frío te-



mor le comprime el corazón cuando se le presenta el propio cuadro.

—¿Quién soy yo? — pregunta con mirada extraviada. — ¿Soy yo el monje que saborea aquí el pecado? ¿Soy el cazador que se pudre en el abismo? Un segundo yo surge ante mis ojos y toma posesión del cuerpo del monje para entregarse a la embriaguez del pecado. Apenas está esto claro ante mi alma, cuando adquiere la forma de otra cosa. Luego giran ambos en salvaje corro y la diferencia desaparece en el torbellino.

Siento cómo me domina el vértigo y no puedo distinguir ya lo de arriba de lo de abajo. El monje se me vuelve de día en día más extraño, pero arrastra consigo mi alma y me sostiene con mil cadenas férreas.

No puedo soportar más tiempo esta condición, tengo que buscar nuevamente claridad, saber quién soy, para que pueda separar el propio dolor del extraño pecado.

Pero, ¡alto! Ahora se me presenta poco a poco claro todo. Es la mujer la que me turba los sentidos y me hace aparecer aquel loco aquelarre. En su pecho se extingue mi propio yo, un pedacito de cera en la llama de una estufa.

Y un pensamiento se introduce en su cerebro: "Te emolnea en loco círculo hasta que pierdes gradualmente el sentido. Si quieres reconocer quién eres realmente, tienes que pisar la cabeza de la víbora".

Ante sus ojos todo es rojo como la sangre. En sus venas se revuelve el placer del asesinato. Ahora sabe quién le ha turbado los sentidos.

Y en la lucha, en la más febril embriaguez del amor, hunde las garras a la mujer en la garganta, hasta que yace estrangulada en su lecho.

Luego grita agudamente en la noche silenciosa, y espantoso repercute el eco en los desiertos alrededores:

—¡Asesinato! ¡Asesinato! — ruge horrible en el palacio. Pero mientras todos son paralizados por el terror, llega el asesino pronto a las puertas del castillo y desaparece rápido en el bosque cercano.

Ahora va por el mundo en vestimenta civil, la burda cogulla queda escondida en el bosque. Y poco a poco le parece que con la nueva ropa se ha vestido también un alma nueva. Pero tampoco le da sosiego la nueva alma.

Cuando estranguló a la mujer aquella noche, creyó haber vencido al enemigo que le había escindido la propia alma. Pero el asesinato no ha proscrito las fuerzas tenebrosas y su propio yo se le vuelve cada día más extraño, que trata en vano de descubrir.

Cuando, abandonado por todo el mundo, se revuelve sin sosiego en su lecho y sigue los pensamientos que revolotean en su espíritu, siente a menudo la espantosa proximidad de la locura.

—¿Dónde está mi yo? — pregunta siempre. — ¿Quién me ayuda a medir la profundidad de mi ser? Me parece como si las cámaras de mi cerebro fuesen celdas bien cerradas de la cárcel. En cada celda mora un espectro, los fantasmas se agitan allí y alimentan silenciosos, triste y pesadamente, pensamientos que se mueven amenazadores en todos los abismos.

Y cuando madurados en tranquila celda, se transforman los conceptos en lujurioso celo, una oscura potencia les abre las puertas. Y aúllan con rojos

ojos por los caminos, su aliento hace arder de fiebre al espíritu. Danzan, chillan, llaman a las paredes; mientras tanto oigo un ligero chirrido de cadenas, como si la locura se moviera en hierros.

¿Dónde está mi yo? ¿Quién me aclara este enigma? Los sabios hablaron mucho de nuestra naturaleza y nos dijeron la frase: "Reconocíos". Pero su sabiduría lleva la capa de campanillas, es estulticia, que se pavonea en vestimenta seria, engaño vacío que no tiene ningún valor.

—¿Reconocíos! Pero, ¿por dónde debo comenzar? Apenas creo haber comprendido mi propio yo, se desmenuza como cristal en mis manos. Y cada parte danza a mi alrededor burlescamente y me saca la afilada lengua.

A menudo me parece que mi yo se oculta bajo máscaras. Pero si quiero arrancarle con furia la falsa mueca, se me ríe insolente una nueva careta. La deshago, la rompo hasta que me falta el aliento, pero cuando echo mano a la última careta, advierto que está confundida con la carne.

Y si deshiciera el rostro mismo en pedazos, chocaría siempre de nuevo en otras caretas.

Hasta en los otros veo siempre mi propio retrato, figuras que han surgido de los calabozos de mi cerebro y que realizan su descarado juego con mis sentidos.

La más fina lógica no puede asir al duende; si es sólo la sombra de cosas externas, no penetra en la esencia misma.

El autoconocimiento es la fuerza del espíritu. ¿Cuán a menudo percibí mi oído la vieja leyenda! ¿El que se reconoce a sí mismo, es dueño de su destino! Muy bien dicho, pero no es más que una frase vacía. Oigo cómo suenan burlescas las campanillas y veo al arlequín ante la cátedra, leyendo gravemente sus proverbios de loco. El oído se acostumbra poco a poco al sonido, y antes de habituarse a las cosas, todo absurdo se convierte en la base más profunda de la verdad.

¡Pobre yo mío, eterna imagen de sombra! También tú eres sólo un espectro que comete un estupro con la razón; un fuego fatuo sobre los pantanos que atrae y engaña y nos arrastra a lo profundo".

Una vez le lleva el camino a una ciudad que a él, el sin sosiego, le excita raramente. Como un lejano presentimiento inunda su pecho, tal si estuviera ligado a ese lugar por lazos desconocidos del espíritu.

El azar le lleva a la corte del príncipe, donde busca distracción en su tormento. Allí encadena una joven belleza su mirada, que despierta en el alma un recuerdo crepuscular.

Vuelve a ver la pequeña iglesia del convento, reconoce la imagen de santa Rosalía, que había hechizado alguna vez su mirada. Esa imagen se le apareció ahora viviente. En sofocante noche, inflamado el fuego de sus sentidos, aparecía la santa a sus miradas como Venus, rodeando su cuerpo con cadenas de rosas.

Y ahora se le aparecía Rosalía en carne y hueso, exactamente como la que había visto en la imagen. Siente arder la fibra en el corazón y cada fibra le atrae hacia ella, que obró tan misteriosamente en su existencia.

Y su deseo encuentra eco. La hermosa lleva su retrato en su pecho y levemente se tejen las cadenas del amor.

El amor lo eleva al cielo. Ha desaparecido la profunda aflicción del alma y toda pesadez se aparta de

su pecho. El mundo entero le parece iluminado, y radiante se eleva para él un nuevo sol.

Pasan las lunas: se aproxima el día de bodas. Había olvidado hacía mucho la promesa que le ligara un tiempo al convento y que ningún amor de mujer podía borrar.

Encuentra a la novia en el viejo palacio príncipesco, donde le aguardaba en ardiente anhelo.

Pero de repente oye en la calle un murmullo, como si se acercase al palacio un carro pesado. Curiosa se acerca la noble pareja al balcón. Ven el carro del verdugo ante la casa, y en él encadenado un monje. El verdugo está ante él, vestido de rojo, para conducirlo al alto tribunal.

Cuando el monje ve al novio, retuerce su rostro en una mueca diabólica. De los negros ojos irradia el fuego de la locura, y de la seca garganta salen estas palabras:

—¡Ven, hermanito, baja del balcón! El verdugo llama al terrible momento. Y el que mata a los otros tiene que ser rey y beber la sangre en vasos de oro.

Un infernal espanto le invade; la locura domina el muerto corazón. Ve un mar de sangre ante sus ojos, ve las manos rojas agitarse desde lo profundo.

De repente hunde en el corazón de su amada un puñal, salta por el balcón y se abre camino hacia el

carro del verdugo. El verdugo cae, alcanzado por el frío acero; luego rompe la cadena que sostiene al monje. De un salto se encuentra en el camino y corre hasta que el bosque lo recibe en sus sombras.

Allí cae profundamente agotado en tierra y yace como si hubiera sido alcanzado por la muerte.

Sobre sus espaldas monta un espectro, y una voz susurra a su oído:

—¡Estoy siempre contigo, tu segundo yo! ¡Nunca te libtarás de mi peso! ¡Vivo tus días, sueño tu sueño y moriré un día tu muerte!

Agita con esfuerzo el cansado cuerpo y avanza lentamente por su largo camino a través de lejanos países, de lejanos mares, hasta que tropieza con la última frontera.

Gris está el cielo. Bosteza el desierto.

En obscura arena extendida yace una esfinge de negra piedra marmórea, con la mirada hundida en el yermo reino de la lejanía.

Ni odio ni amor irradia de su mirada; los ojos están rodeados de profundo ensueño, y en la fría magnificencia de los labios mudos se mece sonriendo levemente la más tranquila eternidad.

El quinto viajero mira a la esfinge en los ojos, pero no penetra en el fondo de sus enigmas y cae mudo en la arena del desierto.

lituanos en Polonia — eslovenos en Italia, y otros, en una palabra, se ha multiplicado así el número de los anexados en Europa terriblemente desde 1918-19, y no se ha hallado desde ese tiempo nada, absolutamente nada que se pudiese considerar como una atenuación un poco seria de su suerte, un status legal que ofreciera algunas garantías de vida normal; no hablo de bondad, de generosidad, de fraternidad; no hablo más que de una existencia que no sea existencia de hombre de raza impura, de parias, de hombres a quienes se persigue continuamente y a quienes se desea quitar, por todos los medios administrativos y legislativos, secundados por el azuzamiento constante de la opinión pública, del fanatismo y la brutalización, de maltratamientos fascistas y de fusilamientos en algunas ocasiones, todavía lo poco que le queda, como su lengua, su tierra, la vida social de su ambiente. Examinad lo que se dice en los congresos que esas minorías han celebrado, lo que dicen sus memorias y pruebas en apoyo, que tienen el derecho a depositar en Ginebra en la Liga de las Naciones, pero que allí son tratadas como papel viejo que se archiva y que no pueden reclamar que se le tome en consideración por esa augusta asamblea. Si, por casualidad, llega una cuestión de esas a la asamblea, es piloteada de sesión en sesión, de comisión en comisión, hacia el resultado final de ser desestimada, como ocurrió a las quejas de los magyares despojados en Transilvania por los rumanos.

Me recuerdo de un chiste en un periódico cómico de otros tiempos: una cervecería, deseosa de librarse de los numerosos comisionistas viajeros de lúpulo, hizo inscribir sobre una puerta: *entrada* para comerciantes de lúpulo. El viajero entra, satisfecho de esa atención, es guiado por inscripciones parecidas por largos corredores, su nariz se alarga también; al fin se encuentra ante una escalera y una puerta con la inscripción: *salida* para comerciantes de lúpulo, y está en la calle, donde se encontraba antes. De acuerdo a ese sistema — se puede ver esto en las *Fliegende Blaetter* hacia 1880-90, — se trabaja en Ginebra cuando hay quejas. Se obra igual entre polacos y lituanianos, diciéndoles: desembrollaos vosotros mismos, lo que quiere decir en este caso: haced la guerra entre vosotros, eso no nos interesa en modo alguno. El arquitecto del nuevo Palacio de la Liga de las Naciones en Ginebra debería aprovecharse de esta idea. Construiría una puerta de entrada y un bello foco: *Entrada para minorías*, después un dedalo de corredores y de antecámaras y al fin una puerta que da a la calle: *Salida para minorías*.

En efecto, la toma de la ciudad y del territorio de Vilna, lituaniana, por los polacos, hecha, según se ha vanagloriado este mismo mes Pilsudsky, a su instigación expresa, la toma de Fiume en situación parecida por d'Annunzio, el bombardeo de Corfú por orden de Mussolini, y la manumisión prácticamente completa de Albania por Italia, el manoseo de la ciudad libre de Danzig por Polonia, de los habitantes del Sarre y del Ruhr (en 1923), lo que han hecho los lituanianos en Memel, la dominación polaca sobre los ucranianos en la Galitzia oriental (Lemberg) y su manumisión de una gran parte de la Alta Silesia alemana — esos son los casos más flagrantes, pero no los únicos, de lo que se hace a pesar de los tratados a pesar de la Liga de las Naciones y de la opinión pública del mundo, obras de alta mano en Europa, y cada uno de esos episodios está lleno de vidas humanas muertas o sujetas a un martirio cró-

nico, a indignidades intolerables y a la ruina o la opresión económica permanente.

El asunto del Ruhr en 1923, provocado por algunas miserables entregas de carbón o de hierro de menos o en retardo, produjo a Francia algunos millones en oro, pero Alemania, en pánico moral y aturdida por la desesperación, no supo hacer otra cosa entonces que un holocausto de la fortuna de su población, abandonada por la humanidad y hambrienta todavía, cinco años después del fin de la guerra: si el marco fué depreciado hasta una millonésima parte de su valor, es decir, hasta cero, y todo el dinero en circulación o economizado de su población, fué reducido a nada en el curso de ese año terrible, operación comparable tal vez al incendio de Moscú en 1912 por los rusos que hizo salir de Rusia a Napoleón — así, cuando el marco se redujo a cero, los franceses partieron del Ruhr.

En Austria Hungría esa ruina económica absoluta limitada al Austria presente y a la Hungría presente, y la dislocación de la vida económica por los cambios y diferenciaciones enormes en el resto del antiguo país, son ilustradas por esas cifras: en otros tiempos en todo el territorio: una corona equivalía a 1 franco 5 céntimos oro, — ahora con una corona antigua no se tiene absolutamente nada, son precisas 13.627 de esas coronas para tener un franco suizo (en oro) — 3.705 para tener una lira italiana — 2.097 para tener una corona tcheca — 1.244 para tener un dinar yugoeslavo — 431 para 1 lei rumano, — y 1.24 para tener una corona húngara correspondiente; para Polonia la cifra sería de 7.938, salve error. Hubo así depreciaciones del valor antiguo de más de 13.627, de 14.300 en efecto (1 fr. 5 céntimos oro) a 3.705 (Italia), 2.097 (Tchecoslovaquia), 1.244 (Yugoeslavia), 431 (Rumania) — a 1 ¼ (Hungría) y a 1 (Austria) — y en Alemania se llegó a cero y a una reconstitución completa, en Polonia también una gran depreciación y reconstruc-

NEMO

Diez años después de la gran guerra

I I.—LA GUERRA QUE SE PREPARA DE NUEVO; ¿QUE FUERZA SE Opondrá AL MAL?

Nadie sabe cómo acabarán las crisis y disensiones entre croatas y serbios, transilvanianos y rumanos del reino, eslovacos y tchecos, y otros, y es posible que a la tensión siga el cansancio, el compromiso, la resignación y el estancamiento, un estado de cosas que ciertamente no elevará a los serbios al nivel de los croatas, pero que hará agotarse o fatigarse la energía robusta acumulada en las poblaciones descontentas de su acoplamiento a organizaciones estadísticas que comienzan a desagradarles. Eso será una pérdida para el porvenir.

Un fenómeno de género similar se muestra incluso en Alsacia, donde patriotas franceses, antialemanes extremos, se declaran, sin embargo, hoy *autonomistas* y son perseguidos en justicia y condenados en Francia. Son hombres que tanto frente a la Alemania de 1871 a 1918, como de Francia desde esta última fecha, reclaman que quieren vivir como alsacianos, su propia vida con las autonomías locales que les convienen y que París, centralizador por excelencia, no les concede. Son los girondinos de nuestro tiempo, aunque sean clericales, opuestos al jacobinismo nivelador, y en los tiempos de la revolución francesa se les habría extirpado por la guillotina, los fusilamientos y los ahogamientos, como Lyon, la Giron-

da, la Vendée; hoy se les maltrata administrativamente, lo cual no les convence.

Si de ese modo el método sumario de trazar las nuevas fronteras según los idiomas no ha dado satisfacción, ni siquiera a las nacionalidades que tuvieron las manos libres, como nunca en la historia, para arreglar esas cosas según sus deseos en 1918-19, ¿cuál no será la situación de las minorías anexadas contra su voluntad y no por similitud de lengua, sino puramente a título de antiguas fronteras de hace siglos o a título de poblaciones mixtas, o por razones comerciales o estratégicas, es decir, bajo no importa qué pretexto, y simplemente porque esos territorios no defendidos estaban al alcance de ejércitos de post-guerra, y eran fáciles de tomar como tierra fértil o rica en yacimientos subterráneos y, en general, estableciendo fronteras favorables al más fuerte, ruinosas y quisquillosas para el más débil? Hay así alemanes (de Alemania y de Austria) anexados en minorías de millones, de centenares de miles, o en proporciones más pequeñas, por Polonia, Lituania, Tchecoslovaquia, Rumania, Yugo eslavía, (el sur del Tirol de lengua alemana); hay magyares por millones anexados a Tchecoslovaquia, Rumania y Yugo eslavía — ucranianos, blanco-rusos y



ción, lo mismo en la Rusia soviética.

Si hay ahí buen sentido o locura, el lector lo apreciará; si creyese que eso no ha afectado a los obreros también, se engaña. Sólo los burgueses más astutos y refinados han sabido, por maniobras que añadieron a la ruina y al sufrimiento generales, conservar la fortuna y pescar a río revuelto; todos los demás han sido víctimas y permanecen tales. Fué una expoliación general de la Europa central, semejante quizás a aquella en que las hordas de Atila y de Gengiskhan han pasado, pero no repetida desde entonces ni a consecuencia de la guerra de treinta años en el siglo XVII, ni de las guerras napoleónicas, los dos más grandes períodos de ruina de esa parte de Europa.

La vida política, económica y social de los países discutidos aquí ha sido desde 1918 colmada de acontecimientos y de desenvolvimientos verdaderamente muy diversos a los de una vida normal, progresiva, ascendente. Lo que ha ocurrido a Italia, el régimen fascista ¿no es una fantasmagoría que ni Breugehl ni Goya, ni Doré ni Rops habrían entrevisto jamás en su fantasía que sabía evocar todos los matices de lo grotesco, de lo cruel, de lo terrible, de lo infame y de lo depravado? ¿Qué hombre se habría atrevido a soñar que un país de belleza y de trabajo, de aspiraciones hacia la libertad y de venganza inexorable de los insultos, habría de estar desde hace tanto tiempo amordazado, pisoteado, agotado y arruinado por las bandas del manganillo, más feroces que los espadachines de la edad de los Borgias? Todo eso sería incomprendible si no lo hubiese preparado un embotamiento general del sentido moral por una guerra desencadenada en pos del botín solo, después de largos chalaneos con las dos partes en litigio, en 1915. Paso por sobre la historia interna de Yugoslavia, de Rumania, de Checoslovaquia durante esos años, por sobre la de Polonia, atacada ella también al puerto de una dictadura, la de Pilsudsky, como la Lituania está en poder de la dictadura de Voldemaras y Rumania queda un feudo de uno de los miembros de la familia boyar de los Bratiano. En parte alguna de ese país hay un soplo de libertad, nada más que militarismo extremo, alianzas en previsión de guerras y sumisión a las grandes potencias occidentales, como a la finanza americana e internacional, por los empréstitos; el socialismo en ese país, en otros tiempos intenso, porque la miseria social es allí grande, o bien se ha fundido en el nacionalismo y no dice ya ni fu ni fa, o se llama comunismo y es el juguete de la política de Moscú que espera debilitar mediante él el estado de preparación de una guerra contra Rusia, que el capitalismo internacional y los grandes Estados que ejecutan su cometido, imponen a ese país. Es su verdadero destino desde el comienzo el ser a la vez perros de guardia contra Alemania y carne de cañón contra la Rusia bolchevista.

Esa situación que les vale empréstitos y equipos militares procedentes del oeste de Europa y de América, no es ya, quizás, lo que desean los hombres que dirigen esos países, en los cuales el parlamentarismo se ha convertido en un aparato impotente. Los patriotas fanáticos que han fundado y extendido de tal modo esos países, desean trabajar sin duda por su país mismo, y no quieren ya ni a Francia ni a Inglaterra, a pesar de sus protestas de que no querían tampoco a Austria y a Alemania; si se sienten atraídos hacia algún país, sería hacia el de una gran Rusia nacional, que les protegiese contra el capitalismo alemán e internacional, y que no sería bastante po-

derosa para dirigirlos, y en cambio presentaría un campo libre para su comercio y una esfera de expansión de su influencia en general. Esos patriotas ven que esa es su sola posibilidad, porque ni occidente, ni Alemania y Austria e Italia tienen necesidad de ellos, pero en una Rusia abierta de nuevo al capitalismo mundial estarían entre los primeros que se aprovecharían. Pero están de tal modo soldados a la cadena de la gran política occidental que se ven reducidos a maniobrar y a marchar por caminos tortuosos: son Estados en situación de vasallaje tan sólido como lo fueron en los siglos pasados los Estados vasallos controlados por Luis XIV o por los ministerios ingleses.

Lo mismo ocurre con los nuevos Estados del litoral del Báltico, Lituania, Latvia, Estonia, construidos para interceptar el acceso de Rusia al mar, y para servir de desembarcaderos y de campos de operaciones de los ejércitos extranjeros destinados un día a reconquistar a Rusia para el capitalismo. Lituania es todavía un país codiciado por Polonia que le ha quitado ya su capital, Vilna, y un gran territorio a su alrededor; las relaciones están suspendidas desde hace mucho tiempo entre esos países; Ginebra se desinteresa de Lituania, y la guerra puede estallar de un día al otro. Esta situación ha sido cuidadosamente manejada por la gran política capitalista internacional, que no busca una solución conciliadora. Porque la situación presente más que tendida, provocará un día a Lituania o a Polonia a la guerra, lo que importaría la intervención rusa, la nueva guerra Polonia-Rusia, gran guerra en la cual Polonia luchará por su existencia y por un gran botín, Lituania y lo que quiera tomar todavía a los alemanes. Será entonces la guerra santa contra el bolchevismo que las grandes potencias militares no se atreven todavía a imponer directamente a sus pueblos, pero en la cual lanzarán primero sus barcos esos Estados vecinos de Rusia, para entrar ellas después, dando el golpe de gracia, si es necesario aún. Lanzarán también a Hungría, apaciguada por algunas restituciones de su territorio, como ya se lo promete Lord Rothemere. Las compensaciones se harían a expensas de Alemania, que sería probablemente puesta en la posición más molesta y cruel por esa guerra: no tiene ninguna simpatía por la Rusia bolchevista ni capitalista, pero no puede desear que por una derrota bolchevista, Rusia, conquistada para el capitalismo, se convierta por largo tiempo en patrimonio del capitalismo occidental e internacional que es profundamente anti-alemán, y no puede desear tampoco una Polonia agrandada, probablemente también a expensas suyas, como vecina, muy mala vecina, según lo demostraron ampliamente estos últimos diez años. Querría, pues, quedar neutral, pero se le ha embrollado en el engranaje de Ginebra y eso le será muy difícil, sino imposible. Así se prepara una nueva tragedia europea — y el proletariado europeo no tiene nada que hacer ni qué decir.

Estas tristes eventualidades que se dibujan en el horizonte son probablemente la causa de que Mussolini esté tranquilo desde hace algún tiempo y no amenaza ya con una guerra mundial. Cuando el capitalismo trate de poner fin a la Rusia bolchevista, querrá acabar también con la Turquía nueva que acecha. El rol de Italia será entonces empujar por Albania, su punto de apoyo en los Balcanes, hacia Constantinopla, hacerse dueña de la Macedonia y de Tracia y al menos del litoral de Asia menor, de Smirna, cercando así a Grecia y haciendo retroceder a Turquía.

Si lo consigue habrá preparado el terreno para Inglaterra; si no, habrá una eliminación de Italia como potencia militar, que el capitalismo internacional y las grandes potencias verán sin verter lágrimas, porque la consideran advenediza y mercenaria y no como copartícipe de derecho igual.

En todas partes, pues, el mal avanza y las grandes y pequeñas potencias no dedicarían todos sus recursos a los armamentos si no tuviesen semejantes designios siniestros. Porque el desarme verdaderamente completo de Alemania y sobre todo su desprovisión en material de guerra y en instrumental para hacerlo, en fuerzas de mar y del aire, y las fuerzas militares intensamente armadas de Francia, de Checoslovaquia y de Polonia en sus tres fronteras y en parte en su mismo territorio (en el Rhin y en el Palatinado) hacen absurda la aprehensión de un peligro alemán, de que se habla tan a menudo para engañar. Igualmente los Estados Unidos tienen de otros hierro en el fuego y piensan en su expansión en el hemisferio americano y más allá del Pacífico. Esperarán que Europa caiga en un estado todavía más avanzado de descomposición antes de ocuparse de ella de nuevo, y el debilitamiento mutuo y general que las nuevas guerras prepararán en Europa, no les será si no bienvenido, facilitará su manumisión final sobre el continente en delirio.

El Asia parece contener también la respiración ante esos acontecimientos que están en el aire. China se presenta unida súbitamente y se habla de una Asamblea Nacional general, episodio parlamentario que inauguraría la coordinación de la burguesía china, que ahora que la lucha entre el Sur y el Norte se ha decidido, se hará pronto y a expensas de las esperanzas obreras. En las Indias también está en vías de hacerse un reacomodo con Inglaterra, sobre la base de libertades locales, pero de continuación absoluta bajo la soberanía suprema de Inglaterra, collar más ligero, que reemplaza la argolla del garrote, que la aristocracia inglesa reinante impone ahora a sus Dominios, pronto a sus Colonias, al Egipto también y a Irlanda, medio muy inteligente desde el punto de vista del mantenimiento de las dominaciones, lección aprendida de la emancipación de los Estados Unidos en 1776, sabiduría desconocida del continente de Europa y que, por consiguiente, asegura la superioridad de Inglaterra.

Así se arreglará en todas partes en el mundo; sólo en el continente de la Europa enloquecida, no se arregla nunca y se paga por eso en impotencia, degradación y miseria crecientes. No hay ningún resplandor de esperanza en el horizonte.

Porque con toda esa gran Rusia supuestamente en estado de revolución social y socialista, la fuerza propagandista de ese estado revolucionario está en declive cada vez más rápido. Se dirá lo que se quiera en Moscú, y se lo repetirá por las mil voces de la propaganda comunista en todos los países; suena falso, porque estos tres hechos están ante todo el mundo: el doctrinarismo sin límites, la incompetencia práctica y la crueldad y la falta de solidaridad hacia los otros socialistas, por parte de los dominadores actuales de Rusia. No se gana la buena voluntad y las simpatías de los pueblos ni por una doctrina infalible y única proclamada desde Moscú para regular la vida de todos los pueblos, ni haciendo saltar a los ojos del observador más benévolo que la aplicación de ese sistema no procura más que una vida sombría y precaria, sin alegría alguna, al pueblo a quien la aplica desde hace más de diez años, ni re-

negando del sentimiento humano, de la solidaridad, de la amplitud de espíritu, de la tolerancia y la bondad, y pisoteando con la crueldad de los déspotas y de la Inquisición el pensamiento y la acción socialistas libres, al margen del dogma comunista. Con esas disposiciones que en casi once años nada ha corregido, modificado, suavizado, humanizado, no se gana un mundo para el socialismo — *se le pierde*, y es un crimen contra el socialismo entero que es martirizado así en esos tristes años como cogido entre dos tenazas, entre la social-democracia y el comunismo, a cual más antipáticos. Se evapora en manos de los primeros, se brutaliza en las de los segundos, y no adquiere desgraciadamente en Europa más que un respiro demasiado débil en una forma seria y completa, humana y generosa, tal como lo representa la voz de los anarquistas y de los sindicalistas libertarios, voz demasiado débil para ser escuchada generalmente, y casi imperceptible hoy en la mayor parte de los países de Europa — realidad triste que vale más reconocer, para meditar en ella, que pasarla en silencio.

Las masas obreras, más organizadas que nunca en Europa — lo que, por la universalización de la organización le quita el espíritu y el impulso y le da el aspecto de un vasto e inmóvil aparato burocrático — son hechas retroceder a la defensiva en todas partes, tanto por la falta de trabajo, los sin trabajo numerosos y a menudo casi permanentes, como por ese hecho que la burguesía actualmente no les teme mucho. Fué distinto durante la guerra, cuando se les temía mucho y les halagaba de varios modos (fueron más bien los campesinos los enviados derechamente al frente, para los obreros había con frecuencia latitud entre la fábrica de guerra y el frente). Pero cuando el socialismo organizado no supo producir más que la cita platónica de Stokholm, cuando la revolución rusa, Rusia haciendo la paz, no halló ningún eco activo en los otros países beligerantes, cuando el fin de las hostilidades y las grandes disposiciones para una sublevación popular general que se mostraban entonces en Alemania y en Austria no encontraron de nuevo ningún eco ni ninguna verdadera simpatía tampoco, cuando todo lo que pasó esos años desde Finlandia a Hungría, en España y en Italia, no causó impresión bien sería sobre los obreros socialistas de los otros países, entonces la burguesía tomó su revancha por el miedo que había experimentado, hubo represiones con crueldades sin nombre y sin fin, y hubo la primera contraofensiva, el fascismo, seguida después por una segunda, universal e incisiva, que afectó la vida de casi cada obrero, la racionalización. Bien pronto habrá, yo creo, la tercera contraofensiva, la *conducción al matadero* de la nueva guerra; no son los obreros socialistas, a juzgar por la forma que interpretan su causa hoy en Europa, los que impedirán eso. Releo el manifiesto del congreso socialista de Bruselas (11 de agosto 1928); toca ligeramente a una cantidad de esos problemas urgentes, pero no dice una palabra sobre la guerra del gas venenoso, sobre la negativa al servicio militar, sobre una acción seria cualquiera. Unámonos para la conquista del poder político — es su refrán continuo; los que dicen eso a los obreros del globo, son todos diputados, funcionarios y periodistas del partido — si no antiguos ministros: ¿qué hicieron, qué hacen como tales? Actualmente, como ministros socialdemócratas en Alemania se obstinan en hacer acordar un voto de los conservadores, a hacer construir un navío de guerra; en Francia, Paul Boncour

ha protestado ya contra la declaración de los socialistas franceses en ese congreso, que son favorables a la evacuación de la parte ocupada militarmente por Francia, Inglaterra y Bélgica, esa parte en donde, para remover el cuchillo en la llaga, este otoño las tropas inglesas participarán expresamente en las maniobras francesas sobre el territorio de la ciudad de Trier. Así se envenena todo y el manifiesto anodino pesa menos que nada, y todo el mundo lo sabe.

¿No hay ya opinión pública en Europa?

No hay mucha — está el *Manchester Guardian*, que, como *The Nation* de New York dice algunas veces una palabra honesta y de buen sentido. Hay aun en Francia algunos hombres, como *Gustave Dupin* (*Ermenonville*) sobre todo, que examinan seriamente y con el tamiz del historiador, la literatura documentaria sobre los orígenes de la guerra en julio de 1914 y que han probado cincuenta veces, con los documentos en la mano, en qué grado la opinión pública de todos los países fué engañada sobre esos hechos en 1914 y hasta hoy, y se ve por esas investigaciones concluidas hechas por franceses de verdadera conciencia y lealtad, — y hay una literatura en otros países también sobre este asunto y, sobre todo en América, sobre el modo cómo en 1919 fueron confeccionados en París los tratados, — se ve por esas investigaciones el rol que el azar, la negligencia, la mala fe, la incuria, la ignorancia en hechos históricos, estadísticos, etnográficos, geográficos, etc. y las informaciones tendenciosas, adulteradas y falsas, han desempeñado en todo momento entre los pocos hombres que en 1914 en algunos días y, al fin, en algunas horas y minutos, tomaron las resoluciones irrevocables o simplemente dejaron pasar el mal con ligereza, pasividad, o pasión y fanatismo, según sus cualidades personales. Y lo que es a mis ojos cien veces más imperdonable, es que en 1919, cuando los tratados de paz fueron hechos, cuando las preocupaciones, la ansiedad de la guerra había pasado y la victoria, gracias a los americanos, se obtuvo definitivamente, cuando nada presionaba y se pasaban semanas y meses preparando esos tratados — es entonces cuando incuria y ligereza, rencor y negligencia, pereza de informarse propiamente, ignorancia y credulidad, presidieron la disposición sobre la suerte de tantas naciones, de tantas decenas de millones de gente. Es todo eso, y entre esas dos fechas las probabilidades que faltaron o se frustraron de poner un fin a la guerra más pronto que después de cuatro años y tres meses, que forman ahora un gran conjunto de resultados precisos, con otro gran número de problemas y cuestiones apremiantes, a las cuales los que tienen la llave de los archivos rehusan todavía responder. Eso es conocido de un cierto número de hombres concienzudos en diversos países beligerantes y neutrales, y el estudio procede continuamente, pero pocas categorías de periódicos toman *menos* nota de ello que la prensa socialista obrera internacional. Hay una razón muy perentoria de ello, que esos resultados afectan a las teorías patrióticas que casi todos los lectores de los periódicos se han formado según los periódicos sobre esos acontecimientos. Toda esa gente es también electora y los socialistas tienen necesidad de su voto y se guardan bien de distanciarlas por algún ataque a sus concepciones patrióticas. Pues las elecciones socialistas se han convertido en una industria, en la que se trata de hacer elegir centenares de diputados por millones de votos, se tiene necesidad de los votos de un enorme número de no-socialistas, a quienes se engatusa en víspera de

elecciones, y de convicciones religiosas, patrióticas y otras a las cuales se tiene cuidado e interés en no tocar por una crítica. Es en esas condiciones que inevitablemente los lectores socialistas no son *aburridos* con lo que produce la investigación de la verdad histórica sobre los orígenes de la guerra y los orígenes de los tratados. Y los partidos burgueses hacen lo mismo, y así todo ese mundo tiene buen cuidado de que la verdad no salga de su pozo. La revista francesa *Evolution*, fundada por Victor Marguerite, es uno de esos raros órganos que están abiertos a esas investigaciones (51, rue de Babylone, París, 7me.) y los maestros franceses sindicados, cuyo órgano es la *Ecole Emancipée* de Saumur (S. et. L., Francia) son de aquellos raros socialistas que se interesan todavía por conocer y difundir la verdad y por carcomer inteligentemente el odio entre los pueblos, una de cuyas fuentes fundamentales es la ignorancia, la simple falta de conocimientos geográficos e históricos, antiguos y modernos.

Hay todavía algunos hombres que son escuchados para el bien, pero se han vuelto muy raros, y el manto de Tolstói no ha caído sobre ninguno de ellos, ni la herencia de la libertad y la bondad de Eliseo Reclus. *Romain Rolland* es el único universalmente conocido, y está muy retirado y queda demasiado arriba para que su voz tenga el alcance que merece tener. Me parece que ve las cosas desde una gran distancia y desde esas alturas augustas, naturalmente, la Rusia en rebelión le parece como un bloc revolucionario unido, la anarquía y lo que hay aún de aspiraciones libertarias en ella, no las ve de ningún modo, son hoy un factor demasiado poco visible en Europa; él mismo no se ha planteado quizás claramente el verdadero problema de la autoridad, del estatismo y de la libertad, de la libre convivencia social, y así lo que él dice, es muy bello, muy generoso, muy justo, pero no toca a la raíz del mal, como Tolstói hubiese puesto su hacha directamente en esa raíz, *el desmenzamiento de la humanidad en Estados que, según su naturaleza, no saben hacer otra cosa que batirse entre ellos o, después de haberse batido, prepararse a comenzar de nuevo*. En este momento (18 de agosto), en plena paz, según se dice, se lee la noticia de la invasión de los mogoles soviéticos en la Manchuria china, de luchas y disputas sin fin entre obreros dalmacianos (croatas) e italianos (importados) en Dalmacia, de maniobras francesas e inglesas — combinación sin precedente en tiempo de paz — en la Alemania ocupada, de las maniobras de las fuerzas aéreas por encima de Londres de una amplitud sin precedentes y hechas para encender el interés popular en el reforzamiento de ese servicio militar; así de día en día se familiariza uno con hechos, amenazas, preparativos de guerra — es preciso responder a eso con una voz más fuerte que por algunas nobles palabras, de tanto en tanto, admiradas por los intelectuales y probablemente saltadas por el gran público que prefiere el deporte y el cinema como más excitantes de sus nervios, como lo hace Romain Rollan.

Los otros humanitarios de renombre se han inclinado de tal modo hacia el bolchevismo que su voz pierde su imparcialidad, como por ejemplo la de Barbusse y la juventud literaria francesa y la de algunos autores americanos. Los grandes hindúes no tienen tampoco una visión libre de las cosas; Tagore, al visitar a Mussolini, ha demostrado su debilidad, y Gandhi ha cedido desde hace mucho el paso al nacionalismo hindú que, si triunfa, fundará las Indias

de los hombres de Estado y de los burgueses que no serán del pueblo y de los hombres libres: son todos hombres del tipo autoritario de *Mazzini* (el verdadero padre de Mussolini) y no del tipo libertario de los Bakunin-Reclus, que es el nuestro y que trabaja para crear el mundo de la libertad.

Por lo tanto, no sólo esos humanitarios artistas e intelectuales generosos no trabajan por la libertad franca en estos años de despotismo, sino que están más o menos fascinados por la autoridad, como los pobres pajarillos lo están por los ojos de una serpiente que los mira — Gorki acaba de ir a Moscú y está sumergido desde entonces, Tagore visitó a Mussolini y queda anulado desde entonces, Barbusse se dejó conquistar por el comunismo, y así sucesivamente. ¿Dónde está el libertario franco dotado de talento semejante al suyo, que haya hablado altamente estos últimos diez años? Si lo hubo, — y muchos han hecho lo que han podido, — en todo caso el oído del mundo no le escuchó, y el eco que el mundo libertario ha dado a su voz, no la ha reforzado bastante....

Hubo también un esfuerzo de algunos intelectuales para proponer la *Pancuropa*, esfuerzo platónicamente secundado por una cantidad de políticos y de hombres de Estado que, mientras tanto, atienden bien cuidadosamente a su oficio de mantener los Estados de Europa bien *desunidos*. Ese proyecto se basa en el reconocimiento del estado territorial establecido en 1918-19, sobre la misma base, pues, que la Liga de las Naciones y el pacto Kellogg que se firmará estas semanas con tal cantidad de restricciones formales y de reservas mentales, que no quedará de él gran cosa. Esas tres empresas y proyectos, no siendo más que medios para reforzar y perpetuar los arreglos hechos en 1918-19, no son, pues, más que la continuación del espíritu de esos años, que fueron a su vez la continuación del espíritu de la guerra, y ésta la del espíritu que ha hecho la guerra inevitable — no son, pues, de ningún modo las bases sobre las cuales podría fundarse un porvenir mejor. El federalismo de los Proudhon, Pí y Margall y Bakunin era de otro temple, y es una voz como la suya la que no se hace oír hoy.

Verdaderamente no se realiza bastante esfuerzo, se acepta el mal con fatalismo, con resignación, *se ha adquirido la rutina de soportar el mal* y se entierra cada cual en su movimiento especializado, incompleto, sin verdadera profundidad, o se abarrota cada uno en su rincón, esperando que el mal tiempo pase y que el sol de la libertad luzca de nuevo, como si esas curaciones de graves enfermedades mentales y morales fuesen inevitables y automáticas. No lo son en el verdadero sentido. Puede llegar de nuevo un período de bruscos movimientos de impaciencia, en que se romperán algunas cadenas, pero sin preparación interior, y será otra vez víctima de nuevos jefes, víctima de nuestra insuficiencia y falta de conocimientos y de experiencia. En todos los campos avanzados se trabaja demasiado poco con inteligencia y estudio, se cree poseer verdades adquiridas, se repiten los clichés, de semana en semana, de año en año. Es increíble a qué pequeño número de hombres deja la humanidad el derecho usurpado de tomar las iniciativas que dirigen los destinos de todos. Es verdaderamente inútil llamar dictaduras al fascismo o al sovietismo: la dictadura está absolutamente en todas partes y los hombres la dejan hacer. Los tres magnates del petróleo que en este momento discuten entre sí en Escocia y se reparten el globo como lo hicieron los mariscales de Alejandro después de su

muerte o los tres romanos después de la muerte de César, un consejo de gabinete en Londres, algunos hombres en Washington, en comunicación con Wall Street en New York — es ya todo lo que hay de dirección global de primera mano; París, Roma, Moscú, Berlín, son centros de segundo orden ya, a los cuales los más arriba mencionados fuerzan la mano, o que se esfuerzan por hacerles frente, pero sin gran esperanza y probabilidad de triunfar. Todo el resto es de tercer orden, de los que piensan que es prudente someterse y estar en buen concepto ante los amos del globo, que tienen el brazo largo.

La burguesía misma no pesa más, es vulnerable en el más alto grado, sabiendo cada cual que será arruinado por una combinación de fuerza superior (algún trust, los créditos cortados, las materias primas contingenteadas de otro modo, etc.), si no se somete.

Los únicos que sabrían barrer con todo eso por un solo acto de su voluntad — eliminando los parásitos, — los obreros de ambos mundos, dejan hacer... En otro tiempo se creía que el *socialismo* los uniría, les daría una fuerza moral tan preponderante y compacta que apenas tendrían necesidad de su fuerza física para poner fin a este sistema vergonzoso; desde hace largo tiempo, como en otros tiempos el cristianismo, en sus comienzos también, ante todo, una fuerza moral de contenido ampliamente social, el socialismo es desmenzado en capillas, reglamentado en organizaciones, reglamentado por una burocracia y se ha vuelto así un conjunto *demasiado desunido*, demasiado absorbido por sus mil detalles y diferencias interiores, para ser en estos años de gran crisis una fuerza militante. O bien hace *demasiado*, queriendo dominar, controlar, dirigirlo todo, como el bolchevismo, o hace *demasiado poco*, estando ligado por todos los lazos a la vida de los Estados presentes, como la socialdemocracia, o no se desembara de esas debilidades que he discutido a menudo, y que hacen que la mejor de las causas, el *socialismo libertario*, sea *tan poco* ante el mundo en nuestro tiempo.

Así, desgraciadamente, la situación es muy mala al fin de estos diez años después de 1918, años repletos de una cantidad sin precedente de acontecimientos políticos y sociales, pero de los cuales muy pocos poseen un carácter progresivo y una gran parte un carácter reaccionario que se habría creído imposible algunas decenas de años antes. Desesperar por eso — no; pero es ya tiempo de trabajar más, de estudiar sobre todo, para saber dónde será mejor aplicado nuestro esfuerzo: en una gran crisis las fórmulas abstractas, la crítica en bloc no son bastante comprendidas por la humanidad que sufre — es preciso ante todo sobrepasar los obstáculos, *elevant las mentalidades*, remediar la *demasiado grande falta de conocimientos*, y después, dar un gran impulso, un impulso irresistible, al sentimiento de la *bondad* y de la *generosidad* que existe aun en un gran número de hombres y de mujeres, pero que se oculta y se atrofia en nuestra edad que es ante todo *cruel*. Releguemos, desarraiguemos la *pequeñez*, la *mezquindad*, el *rencor*, *"hagamos tabla rasa del pasado"* también en *nosotros mismos*. Olvidando los defectos y debilidades de los otros, trabajando para hacer, en fin de todos nosotros una fuerza viviente, que hable más directamente a la humanidad por fin, que se haga hoy eso, cuando algunos periódicos leídos entre camaradas, algunos folletos muy raramente de actualidad, algunas reuniones entre nosotros también, algunos grupos más o menos cerrados, es, en Europa al menos, todo

PAUL GIRARDIN y JEAN BRUNHES

Concepciones sociales y geográficas

La vida y la obra de Eliseo Reclus (1830-1905)

Max Nettlau acaba de rendir a Eliseo Reclus un merecido homenaje con el volumen que ha dedicado a su vida y a sus ideas. El libro se publicará en español y nuestros amigos tendrán la oportunidad de apreciar su rico contenido. Mientras tanto, nos parece interesante reproducir el siguiente artículo tomado de "La Revue de Fribourg", Fribourg, Suiza, números de abril y mayo de 1906, escrito por personas conocidas en la ciencia geográfica y que aprecian desde un punto de vista que nosotros no podríamos hacerlo por falta de conocimientos especiales, la obra de nuestro gran compañero y maestro.

Eliseo Reclus nació el 15 de marzo de 1830 en Sainte-Foi-la-Grande (en la Gironda). Vale la pena recordar su vida, porque pocas circunstancias de ella no tuvieron influencia sobre su obra. En la vida agitada de E. Reclus, que fué una vida de rebelde, de hombre de ciencia y de apóstol, se pueden distinguir tres períodos, y así en su obra se pueden trazar tres direcciones y tres influencias sufridas por él: la de su padre, la de Karl Ritter, la de los viajes y de la naturaleza.

I

Su padre era el pastor Jean Reclus, que tuvo doce

lo que la magnífica idea anarquista dice a los pueblos. Es demasiado poco, y nos incumbe hacer mucho más — o acompañaremos siempre los acontecimientos de comentarios más o menos lamentables y eso sería todo: ¡es demasiado poco! Tenemos tantas cosas que decir a la humanidad, con sólo querer aplicar el espíritu de nuestra ideas a la triste situación europea presente, dejando a un lado las generalizaciones tan indignas como las fórmulas químicas o las materias químicas aisladas que contienen las ampollas de un laboratorio. *Humanicémoslos de nuevo, bajemos de las altas perchas de la abstracción*, no creamos ultrajada irreconciliblemente nuestra dignidad de anarquistas si examinamos el detalle de una de las mil quejas de los pueblos europeos a consecuencia de los acontecimientos discutidos aquí, en lugar de alzar altivamente los hombros, diciendo: es el capitalismo, o: es la guerra, y pasar de largo. Eso satisface a nuestros propios corazones, nos deja en el aislamiento, y nuestra bella idea no entrará nunca así en el corazón de los hombres, que tienen tanta necesidad de ella.

18 de agosto de 1928.

hijos y vivió tan estrictamente la vida bíblica como para ser venerado, en vida, como un profeta y como un santo. Hacia el fin de sus días, llamado por un pueblo de un valle perdido en los Pirineos, dejó todo, familia y bienes, para responder al llamado y se puso en marcha con sus hijos (1). De sus ejemplos, junto a un sentimiento de simpatía universal hacia todo y hacia todos, derivó Eliseo Reclus una necesidad de verdad superior a todas las convenciones sociales, una necesidad de justicia que era sobre todo una exigencia imperiosa de su bondad. En toda su "Geographie Universelle", en el fondo, se vuelve a encontrar ese sentimiento de una reparación debida, de una justicia a hacer a todo pueblo, a toda raza, a toda fracción de la humanidad en su pasado como en su presente; la exactitud escrupulosa de la descripción será una forma de esa estricta justicia. Pero al describir con sinceridad y simpatía todos los esfuerzos de la naturaleza, el escritor adquirirá el sentido de la diversidad de las regiones y hará, como por instinto, obra geográfica. He ahí cómo la preocupación social y el escepticismo científico se tocan en Eliseo Reclus; y es eso lo que constituye la primera inspiración de sus 23 grandes volúmenes.

En su génesis, es incontestablemente cristiana aquella noción primordial suya, adquirida en una familia evangélica por excelencia, de la humanidad concebida como un todo en su desenvolvimiento histórico y en sus divisiones actuales; y cristianas además aquella simpatía colectiva suya, aquella "caritas generis humani" que le hacía decir en su última obra: "En todas partes me he encontrado siempre en mi casa, en mi país, entre hombres hermanos míos. No creo haberme dejado llevar nunca por un sentimiento que no fuese de simpatía y de respeto para todos los habitantes de la gran patria".

Por otra parte, por el exceso mismo de su altruismo, debía tener conciencia del antagonismo que separa su concepción de la humanidad, considerada como un fin y como un todo, de nuestro grado de civilización en el que la explotación y la desaparición de las llamadas "razas inferiores" es considerado por los "pueblos fuertes" como la condición del desarrollo de las razas "privilegiadas".

De aquí, primer conflicto y primera revuelta y, entre todas sus protestas contra el orden social, la más elocuente y persistente será aquella en favor de todos los negros, amarillos y pieles rojas a quienes se está exterminando, a quienes se deporta y se vende en nombre de una civilización superior. Léase ahora en el libro de su hermano Elías Reclus, "Los Primitivos", el relato de las crueldades cometidas por los blancos contra los indígenas de Australia y contra los indios de América, y se hallará la misma

orientación de espíritu: prueba de que aquí nos encontramos frente al "cimiento" mismo de la obra, y de que son las influencias de familia las que han formado los sentimientos y preparado las ideas inspiradoras del gran geógrafo francés (2).

¿No se puede ir también más allá y decir que ciertas predilecciones y ciertos odios se explican justamente con esa herencia? ¿No hallamos tal vez nada, en la obra del hijo, del ideal místico del padre, de aquel Jean Reclus que había querido hacer revivir, en pleno siglo XIX, la vida de un "pastor del desierto" de los tiempos de persecución? Eliseo, también él, como el pastor, ha tenido su pueblo elegido: era el pueblo que había encarnado una segunda vez, en la edad media, con su misión y su éxodo, la figura del pueblo hebreo; eran los valdenses, el "Israel de los Alpes". Siempre que se habla de ese heroico pueblito en su obra, es con complacencia que el geógrafo se detiene en él.

Recordemos dos hechos. Fué con un peregrinaje a la Vallouise, valle perdido del Briançonnese, que había servido de refugio a los valdeses proscritos, como comenzó, apenas vuelto a Francia en 1857, sus viajes a los Alpes en compañía de Adolphe Jeanne. En uno de sus últimos escritos, el "Supplément au Dictionnaire de la France", de Jeanne, ha consagrado uno de sus esbozos explicativos, para ilustrar el sistema de las golas de los Alpes, al "glorioso retorno" de los valdenses a su región.

He ahí cuáles fueron los orígenes de Eliseo Reclus, que constituyeron uno de los factores seguros de su inspiración.

II

¿Por qué circunstancias fué atraído a la geografía ese espíritu inquieto?

Lo que decidió en él una vocación que se ignoraba a sí misma, fué la enseñanza de Karl Ritter en la universidad de Berlín (1851). Si la "Geographie Universelle", como recolección de hechos, es el fruto de largos viajes y de lecturas innumerables, la filosofía geográfica de Ritter es el principio de las ideas geográficas de Reclus; fué Ritter el que le dió las primeras "directivas" para la obra futura.

¿Cuáles son esas ideas, que debían servir de ligamen a numerosos pequeños tratados de vulgarización, de prologación a la "Geographie Universelle", de método a toda su obra, y que se habrían modificado después muy poco en el curso de toda su producción de más de medio siglo? Habiéndose dedicado por completo al estudio de la superficie del planeta, el discípulo como el maestro ha sido afectado ante todo por el orden del universo, que se traduce en una serie de "simetrías", de "contrastes", de "armonías"; a la armonía de las formas continentales, a la simetría de las tierras, corresponde la de las formas oceánicas. Según la misma ley que ha distribuido las tierras en tres copias continentales, el gran hemisferio de las aguas forma una especie de copia oceánica, y se habrían tenido tres dobles océanos. Las regiones polares del Norte y del Sur ofrecen igualmente un ejemplo de equilibrio entre las tierras y las aguas; y aquí Reclus, anticipando los conocimientos de Nansen, de Drygalski, etc., presente que una cavidad marina se extiende en torno al Polo Ártico, mientras que un casquete de tierra ocupa el Polo Sur. Pero esa simetría simplemente exterior de las masas continentales no es sino poca cosa, en comparación con la armonía profunda que resulta de la armonía de los vientos, de las corrientes, de los climas: "no es en las diversas partes del

globo, sino en su funcionamiento donde hay que buscar la verdadera belleza de la tierra". Se ven aquí las ideas caras a Ritter y a su escuela; y nosotros volvemos a encontrar aquellas simetrías, aquellas armonías en las "homologías" de Peschel.

Pero lo que Reclus llama las "armonías terrestres", la "belleza de la tierra", ¿no es tal vez, con otro nombre, la doctrina de la finalidad que se desarrolla en páginas magníficas, las cuales sin duda no habrían sido desautorizadas por Leibnitz como ciertamente no lo habrían sido por Bastiat? El gran anarquista piensa y juzga como el gran economista liberal. ¿Nada más lógico! En el uno como en el otro hay el eco lejano de la misma fe optimista en la naturaleza de Jean Jacques Rousseau. Eliseo Reclus ha derivado de aquella concepción optimista del mundo terrestre la definición misma de la geografía: "La geografía física no es otra cosa que el estudio de estas armonías terrestres. En cuanto a las armonías superiores procedentes de las relaciones de la humanidad con el planeta que les sirve de centro, es misión de la historia describirlas" (3).

Así también, ¿cuál es en esta simetría de las formas externas, en esta jerarquía de las formas vivientes, el puesto del hombre? Su función, su fin es convertirse en la "conciencia de la tierra"; y por eso justamente asume una responsabilidad en la armonía y la belleza de la naturaleza circundante. Ha recibido todo poder para formar a su imagen la comarca que habita. Su acción, tan poderosa para desecar los pantanos y los lagos, para nivelar los obstáculos entre las diversas regiones, es de una importancia decisiva en las transformaciones exteriores del planeta. Pero si puede embellecer la tierra, puede también afearla: según el estado social y las costumbres de cada pueblo, contribuye, ya a degradar la naturaleza, ya a transfigurarla.

Aquí está el principio de un segundo conflicto entre la tierra y el hombre, en cuanto se encarna en el tipo actual de civilización. El hombre, verdadero bárbaro, y la superficie de la tierra ofrece numerosos ejemplos de estas devastaciones sin tregua. En muchos lugares el hombre ha transformado su patria en desierto y la hierba no crece más por donde él ha pasado. Pero la naturaleza, maltratada, se vengará, y "entre las causas que, en la historia de la humanidad, han hecho ya desaparecer tantas civilizaciones sucesivas, es preciso enumerar en primera línea la brutal violencia con que la mayor parte de las naciones habían tratado su tierra nutritiva". Aplicando, por ejemplo, este orden de consideraciones a la decadencia de España, Reclus muestra cómo ciertas cuestiones de historia ganarían siendo tratadas según un espíritu más geográfico. Entre los historiadores, los unos han buscado la causa de aquella ruina de la nación en el descubrimiento de América, otros en el terror religioso organizado por la Inquisición, en la expulsión de los hebreos y de los moros, en los sangrientos auto-da-fé de herejes y no han visto que la especie de furor con que los españoles han abatido los árboles por odio a los pájaros, entró por mucho en aquella decadencia: "La tierra amarilla, pedregosa y desnuda, tomó un aspecto repugnante y formidable; el suelo se empobreció, la población, disminuyendo durante dos siglos, recaía parcialmente en la barbarie. Los pajaritos fueron vengados" (4).

¿Se debe, pues, desesperar del porvenir de la tierra, y el "duro payés no trabajará más que para volverla fea"? ¿Debemos decir, como los maorí: "el

topo del hombre blanco expulsa a nuestro topo, su mosca echa fuera a nuestra mosca, su trébol mata nuestro helecho, y el hombre blanco matará al maorí? No, porque una verdadera doctrina finalista sigue siendo optimista, a despecho de todos los crímenes cometidos por el hombre contra la naturaleza.

Así, es todavía con la afirmación de su esperanza en el porvenir del hombre, restituido a la comprensión de su función; así es siempre con un grito de optimismo que el geógrafo responde al grito de desesperación de Michelet en la "Montaña": "La vulgaridad prevalecerá". "No, lo que prevalecerá es el ideal del hombre. Mientras el porvenir no sea otro que la puesta en cultivo del suelo, todo le será sacrificado; pero cuando la agricultura, libre al fin de todo miedo a la miseria, pueda ocuparse en variar las especies, no cabe duda de que conseguirá modificar el mundo vegetal según sus deseos" (5).

(Continuará en el próximo número).

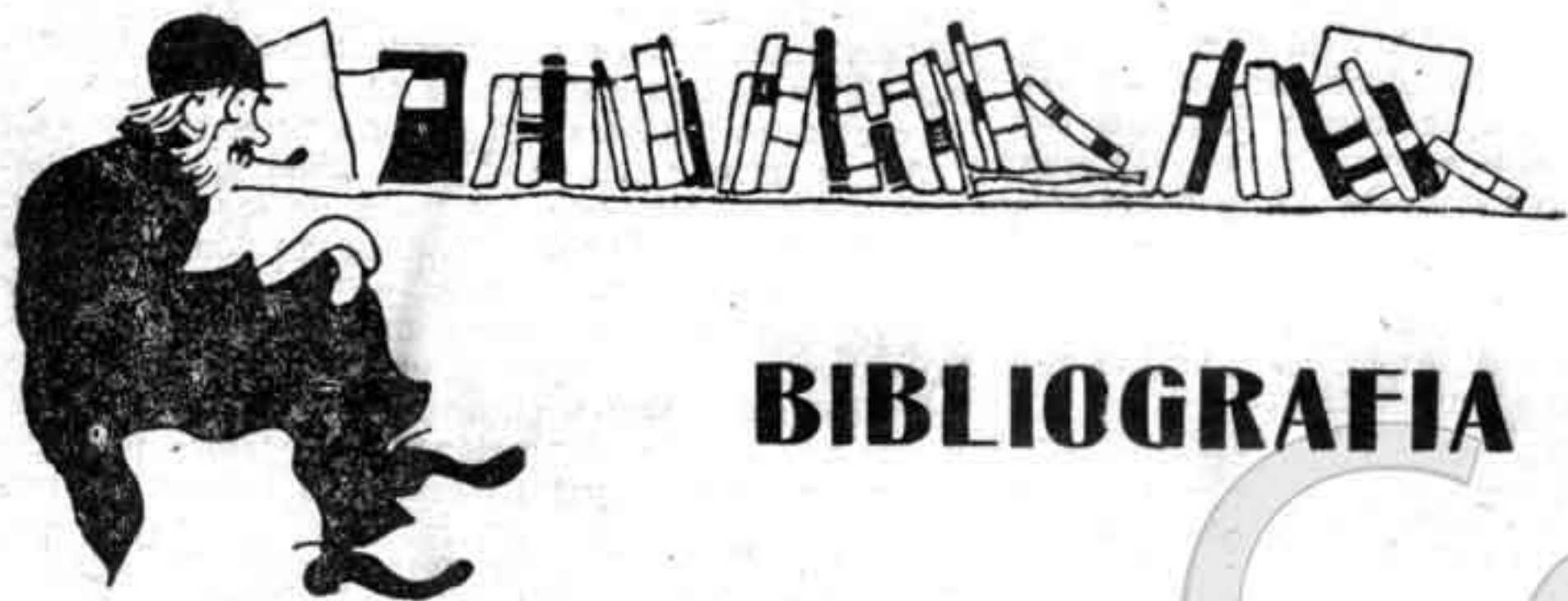
(1) Para mayores detalles sobre esto, véase el bello artículo de F. Schrader, "Elisee Reclus", en "La Géographie" del 15 de agosto de 1905, págs. 81-86.

(2) En otro hermano de Eliseo, Onésimo, de quien son conocidos los trabajos geográficos, y que en tantas otras ideas discrepaba con su hermano, se vuelve a encontrar aún el mismo rondó de entusiasmo iluminado.

(3) "La Terre. Les Continents", pág. 98.

(4) "La Terre. L'Océan. L'Atmosphère. La Vie", página 748.

(5) "La Terre". Idem, pág. 741.



BIBLIOGRAFIA

Dr. JOSE INGENIEROS. — "Los precursores: Sarmiento, Alberdi y Echeverría". — Un Vol. de 140 págs. 8.º. Buenos Aires. (Editorial Pablo Ingenieros). Precio \$ 0.80.

El hermano de J. Ingenieros ha recogido en este volumen tres estudios sobre tres personalidades de la historia argentina que, a pesar de sus puntos de vista y características divergentes, tienen un denominador común: han contribuido al progreso político del país en que nacieron y se sintieron inspirados por el anhelo de ver a la Argentina en el primer puesto de los pueblos civilizados. Cada cual ha luchado a su modo, y tal vez ninguno de ellos por el verdadero camino, pero eso no impide que resulte siempre útil y recomendable el estudio de sus ideas, sobre todo en la forma amena y sugestiva que lo ha hecho Ingenieros.

LITERATURA

JULIO CESAR FORD. — "Horizontes de imágenes". — Versos. Un vol. de 110 págs. Buenos Aires, (1928).

Un poeta moderno, de sensibilidad, que nos hace entrar con su libro en un panorama, su panorama, de la vida y de las cosas que nosotros, poco líricos, posponemos a la lucha por el embellecimiento individual y social. Hay en estos versos delicadeza, belleza de acción, emoción íntima. Transcribimos uno al azar, titulado "Lluvia dolorosa":

*Sobre la ciudad la lluvia desvanece su encanto.
Es la fina hilandera de las horas tardías,*

*cuando cobran las cosas vaguedades de llanto
y los sueños se pierden en veredas umbrías.
Tan lento es su caer, que nos da mucha pena,
y la miramos tristes, cual a un enfermo grave.
Detrás de la ventana nuestro amor se condena
a quedar silenciado por una oscura llave.
Quisiéramos volar, pero es opaco el cielo.
¿Dónde estarán los pájaros que alegraron el alba?
No se presiente arriba la rapidez de un vuelo;
ha callado la música que suena como salva.
Los árboles tampoco tienen quien los proteja.
Son como barcos viejos en la amplitud de un puerto
y algún carro que pasa parece que les deja
la sensación segura de que el cansancio es cierto".*

PANAIT ISTRATI. — "Nerransula". — Novela. Traduc. de Delaville. Publicaciones Mundial, Barcelona, 203 págs. 8.º. Precio: 2.50 pesetas.

Los que leyeron la preciosa narración histórico-social "Los Haiducs" y penetraron en el alma de Oriente y de los Balcanes a través de "Kyra Kyralina" y de "Mi tío Amghell", aprendiendo así a admirar la personalidad del gran novelista que se reveló Panait Istrati, han de acoger con simpatía y con emoción esta otra novela de amor, de pasiones, de dolores, de costumbres.

FABIO LUZ. — "Estudio de literatura". — Un vol. de 257 págs. Río de Janeiro, 1927.

Por algunos números de la revista "Brasilliana",

conocíamos las actividades literarias del doctor Fabio Luz en estos últimos años. No hace falta que presentemos a nuestros lectores, aunque es posible que los jóvenes ignoren quién es, al autor de esta recopilación de estudios literarios; se le considera como el patriarca del anarquismo en el Brasil y como una de las personalidades más respetables del movimiento de la libertad en el país vecino, que, sin embargo, es más desconocido para los anarquistas de la Argentina que Francia, Italia, Alemania, etc.

En este tomo, Fabio Luz hace una serie de estudios literarios sobre la literatura rusa, sobre libros de diversos autores (Romain Rolland, J. J. Rousseau, Paul Louis, Hamon, etc.), sobre algunas grandes personalidades (Reclus, Tolstoi, etc.), sobre literatos brasileños y otros temas de crítica literaria. Hemos de transcribir alguno de esos trabajos reveladores de una amplia cultura en el dominio que abarca este volumen.

GEORGE BRANDES. — "Jesús es un mito". — Traducción de Eloy Muñiz. Prólogo de Federica Montseny. Un vol. de 182 págs. 8.º. Publicaciones de "La Revista Blanca", Barcelona (1928). Precio 1.75 pesetas.

Ha sido Georges Brandes uno de los más excelsos críticos del último tercio del siglo XIX y ha trabajado fecundamente hasta la hora de su muerte, acaecida no ha mucho. Ha sido un crítico que ha recreado el motivo de su interés. Fué además, un hombre íntegro, comprensivo, indomable. Combatió a su modo por la verdad, por la justicia, por el progreso. Hay que leer sus libros para conocer la historia literaria, para aprender a pensar, a razonar, a interpretar las cosas y las ideas.

COOPERATIVISMO

FABIO LUZ (H.) — "Rumo a terra" (Río de Janeiro, 1927, 150 págs. en 8.º).

BANCOS POPULARES E CREDITO AGRICOLA (Río de Janeiro, 1928; 116 págs.).

El hijo de Fabio Luz, que lleva el mismo nombre de su padre, pero que no participa de las mismas ideas, es sin embargo un escritor progresista, que cree ver en el cooperativismo una solución a los problemas modernos. Es un entusiasta de la vuelta a la tierra y un adversario del derroche de energías improductivas que suele involucrar el urbanismo. Muchos de sus pensamientos del hermoso volumen *Rumo a Terra* los suscribimos también nosotros, que no compartimos, sin embargo, la fe en el sistema cooperativismo que defiende Fabio Luz filho con José Saturnino Britto en el Brasil.

¡Cuán fecunda sería la idea de este escritor de la vuelta a la tierra si fuese acompañada de su completamente lógico: el apartamiento del Estado y del capitalismo! De lo contrario, la vuelta a la tierra no significará más que una trasplatación a la naturaleza de todos los vicios y defectos de la educación estatal y capitalista; es decir, no será ningún remedio a un mal cuya magnitud reconocemos también nosotros.

JOSE SATURNINO BRITTO. — "O dominio universal da cooperacao. Evolucao do agente da ajuda mutua". — Un vol. de 97 págs. Río de Janeiro, 1926.

— "Cruzada da cooperacao integral. Producao, consumo e credito nas cidades, nos campos. Credito gratuito agrario". — Un vol. de 199 págs. gr. 8.º. Río Janeiro, 1928.

— "Da cooperacao proletaria á capitalista"... — Río de Janeiro, 1928; 20 págs.

José Saturnino Britto es un propagador incansable de las cooperativas, de las cajas rurales, del crédito agrícola, de las instituciones de previsión. Aspira a mejorar la situación del mundo dentro del régimen capitalista y del Estado burgués. Tiene un libro, *Socialismo progresivo* (1919), que no conocemos y no sabemos si allí sus miras van más allá de los horizontes actuales. Pero en los escritos que tenemos a la vista queda demasiado dentro del régimen por cuya desaparición luchamos los anarquistas, como luchaba también el verdadero cooperativismo primitivo, aunque con medios diferentes.

PROPAGANDA ANARQUISTA

PIERRE CHARDON. — "Sa vie, son action, sa pensée". — Un folleto de 32 págs. en 4.º. Editions de l'en dehors, Orleans.

— "Was wollen die Anarchisten?" — Un folleto de 16 págs. Edición del grupo *Freie Jugend*, Berlín.

PEDRO MASSONI. — "Los ladrilleros a través de sus luchas sociales." — Prólogo de Juan López. 47 págs., 8.º. Precio 1 peseta. Patrocinado por la Asociación de obreros ladrilleros de Barcelona.

VARIOS

CARLOS DE SOUZA DUARTE. — "O trabalho agricola no Brasil". — Un vol. de 123 págs., ilustrado. Río de Janeiro, 1926.

Un trabajo oficial, del ministerio de agricultura, industria y comercio del Brasil en donde se hace propaganda sobre la agricultura brasileña, pintando un Eldorado que quiere contrarrestar los efectos inhibitorios causados por la difusión del conocimiento sobre el terror de las "fazendas".

RICARDO ZABALZA. — "Soñadores". — Comedia en un acto (Teatro Bahiense), Bahía Blanca, septiembre de 1928.

HAN RYNER. — "El ingenioso hidalgo Miguel Cervantes". — Trad. Elizalde. Edit. "La Revista Blanca", Barcelona. 206 páginas en 8.º. Precio 2 pesetas.

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU—

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España. (1886-1873). — 132 págs. . \$ 0.50
Edición especial, papel pluma . „ 1.—
Encuadernado en tela „ 2.50

Errico Malatesta, la vida de un anarquista. Trad. de D. A. de Santillán. — 262 págs. . . . „ 1.20
Edición especial, papel pluma . „ 2.—
Encuadernado en tela „ 3.50

Fernand Pelloutier y el sindicalismo (folleto) „ 0.15

RUDOLF ROCKER—

Johann Most, la vida de un rebelde.— Prólogo de A. Berkman. Dos tomos de 350 págs. cada uno. Precio, cada tomo „ 1.50

La maldición del practicismo. 32 págs. „ 0.10

RUDENKO—

En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista. — Trad. del ruso, por J. Company „ 0.15

JAMES GUILLAUME

Miguel Bakunin. (Noticias biográficas). 42 págs. „ 0.20

MIGUEL BAKUNIN—

(OBRAS COMPLETAS)

I La Revolución Social en Francia. — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs. „ 1.50

II La Revolución Social en Francia. — Tomo segundo. Pról. de Max Nettlau. Un vol. de 287 págs. „ 1.50

III Consideraciones filosóficas. Pról. de Max Nettlau. Un volumen de 350 págs. . . . „ 1.50

IV Dios y el Estado. Prólogo de Max Nettlau. Un volumen de 276 págs. „ 1.50
Los mismos, encuadernados en tela „ 3.50

ERRICO MALATESTA

Anarquía. — 48 páginas „ 0.20
En el Café. — Trad. de D. A. de Santillán. Prólogo de Luis Fabbri. 108 págs. „ 0.30

PEDRO KROPOTKIN

Conferencias. — I) El Estado, su rol histórico. El Estado Moderno. — Un vol. de 146 páginas „ 0.50
Encuadernado en tela „ 1.50

A los jóvenes. — 28 págs. . . . „ 0.10

LUIS FABBRI—

Cartas a una mujer sobre la anarquía.— Un tomo de 110 páginas „ 0.50

Influencias burguesas sobre el anarquismo. — 48 págs. . . . „ 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA
Los anarquistas. (Estudio y réplica). Un vol. de 166 págs. „ 1.—

NIDO, ROCKER y

NEMO

Nacionalismo y anarquismo. — 64 págs. „ 0.20

SEBASTIAN FAURE

Mi Comunismo. (La felicidad universal). — Un volumen de 432 págs. „ 2.—
Encuadernado en tela „ 3.50

“TEMAS SUBVERSIVOS”

Un volumen de 350 págs., \$ 1.50

La falsa redención „ 0.10

La dictadura de la burguesía „ 0.10

La patria de los ricos „ 0.10

La podredumbre parlamentaria „ 0.10

La moral oficial y... la otra „ 0.10

La mujer „ 0.10

El niño „ 0.10

Las familias numerosas „ 0.10

Los oficios odiosos „ 0.10

Las fuerzas de la revolución „ 0.10

La conmoción revolucionaria „ 0.10

La verdadera redención „ 0.10

J. DEJACQUE

El Humanisferio. — Un vol. de 142 págs. Pról. de M. Nettlau y Eliseo Reclus „ 0.50

ELISEO RECLUS

A mi hermano el campesino . . \$ 0.10

JUAN CRUSAO

Carta Gaucha. 6.ª edición „ 0.10

D. A. DE SANTILLAN

La jornada de seis horas. — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. 28 págs. „ 0.10

AGUSTIN SOUCHY

La Ucrania revolucionaria. Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920. — Un vol. de 62 págs. „ 0.30

S. RADOWITZKY

La voz de mi conciencia. — 16 páginas „ 0.10

VARIOS

Certamen Internacional de LA PROTESTA.—160 páginas en 4.º, encuadernado en tela „ 2.—